

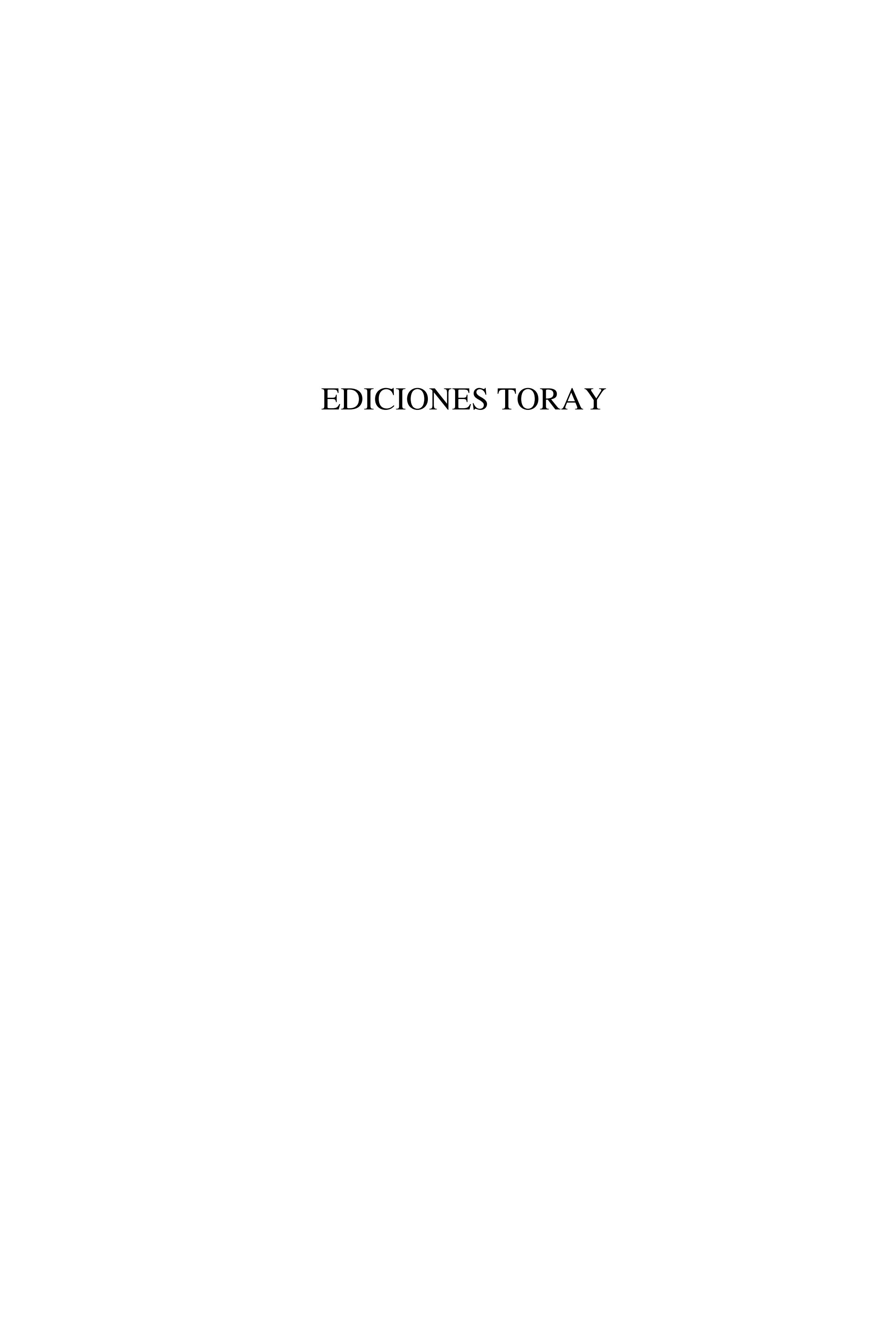
FUTURO TÉCNICO

peter kapra

FUTURO TÉCNICO

PETER KAPRA

FUTURO TÉCNICO



EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151 Buenos Aires

Dep. Legal: B. 37.770-69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

—Señorita Nhill, hemos recibido autorización para efectuar el experimentó «AJC-4» —dijo el profesor Komlin, sonriendo a la sorprendida y llamativa joven que tenía sentada ante su mesa.

— ¡Oh, maravilloso, profesor!

—Vamos a traer a nuestra época a un individuo del pasado.

— ¡Estupendo!

—Se le ha encargado a usted la misión de elegir, clasificar y estudiar al individuó. Por lo tanto, se pondrá usted en contacto con el doctor Smithson,

quien hará funcionar los impulsores de tiempo y atraerá hasta nosotros el «modelo» a estudiar.

— ¿Podremos elegir, profesor?

Komlin sonrió.

—Sí, Wanda; podrá usted elegir.

— ¡Le estoy profundamente reconocida, profesor! —exclamó la joven, llena de entusiasmo—. Se culmina con esto una de las mayores ambiciones de mi vida.

—Sin duda, es una excelente y única oportunidad para usted, señorita Nhill. Permítame, sin embargo, hacerle observar la gran responsabilidad que asume usted en cuanto concierne al «antecedente histórico». Ya sabe lo que opinan los más ilustres pensadores de nuestro /tiempo.

—Lo sé, profesor —admitió la joven, empezando a sentir, por vez primera, la inquietud.

—No va a ser fácil «aclimatar», por decirlo de algún modo, al individuo elegido para la experiencia. Debe tener muy presente la enorme transformación que ha sufrido nuestra sociedad en los últimos cien años.

»Y, precisamente, el Departamento de Ciencias, previo estudio, ha especificado claramente que la persona a estudiar, debe corresponder con exactitud, al año 1969, o sea, a individuos que vivieron hace cien años y, que, posiblemente, conocieron los principios de nuestra gran transformación social.

Wanda Nhill no pudo ocultar su decepción.

—Habría sido mejor elegir una fecha más antigua, para que el cambio fuese más notable y acentuado.

—Razones de índole técnico nos impiden bucear más atrás, en el pasado. La experiencia aprobada se refiere únicamente a un individuo de hace cien años.

—Perfectamente, profesor. Aceptaremos esa condición —contestó Wanda.

—Hay algo más, señorita Nhill. Mientras que el individuo a estudiar se encuentre, entre nosotros, será de su entera responsabilidad. Los gastos que ocasione, tanto de atuendo como de mantenimiento, albergue y otros dispendios que puedan surgir, correrán a cargo del Subdepartamento de Ciencias.

»Pero recuerde que usted es responsable de él. Usted registrará sus reacciones y emociones. Usted le atenderá, le ambientará, le adaptará y tendrá que estar siempre con él.

— ¿Por qué dice él? ¿No puede ser ella? —preguntó Wanda, suspicaz.

—No. Ha de ser varón. Las reacciones, forzosamente, han de ser distintas. Y siendo usted mujer, y bonita, por añadidura, el Departamento estima que la experiencia ha de ser completa. El elegido será hombre.

—Perfectamente. No hay mucha diferencia, después de todo.

—No ahora, pero la hubo, señorita Nhill. No olvide eso, porque puede ser muy importante. Nos interesan todas las reacciones del individuo trasplantado de otra época, tanto en el ámbito intelectual, social, político, médico, etc., etc.,

como en el ámbito sexual y sentimental. Forzosamente, nuestro antepasado, debe ser joven, físicamente sano, de mentalidad media, sin que sea un necio ni un genio, y capaz de reaccionar ante todo lo que vea, por simple sentido de comparación.

—Parece usted haber tenido en cuenta la posibilidad de que el individuo se enamore de mí, profesor Komlin. ¿Debo ruborizarme?

—No, no lo haga. Pero la posibilidad la hemos tenido en cuenta. Espero que no se enamore usted de él. Se lo digo por su bien. La experiencia no puede durar más de un año. Sin embargo, cuando el elegido regrese a su época, el doctor Smithson «borrará» su mente con la experiencia actual, y le devolverá exactamente a su mismo lugar y tiempo de salida.

—Comprendo, profesor. Acepto todas las responsabilidades —admitió Wanda Nhill—. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando usted y el doctor Smithson quieran, señorita Nhill —replicó el profesor Komlin—. Antes, sin embargo, pásese usted por secretaría y firme toda la documentación del caso, aceptando condiciones y responsabilidades. Todo debe estar perfectamente en regla.

—Gracias —Wanda se puso en pie, tendió la mano al profesor Komlin y sonrió—. Ha sido usted muy amable al ayudarme tanto.

—No se merecen. Le deseo mucha suerte.

* * *

Jan Sharkot contempló las turbias aguas del Tigris y pensó que la corriente fuerte podía ser la solución a sus problemas. Una muerte rápida y todo habría terminado.

El agua, desde abajo, parecía succionarle. Estaba apoyado en la barandilla de hierro, ajeno al intenso tráfico automovilístico, al ruido, al mundo y a la gente.

Ella no tenía la culpa de nada. Su capricho había terminado. Aquellas cosas ocurrían a diario en millones de gentes. «Me gustas...» «Te quiero». «Me voy de vacaciones a Roma, ¿te vienes?» «Sí, vamos».

El coche de ella era mejor que el suyo. Más rápido y confortable. El pasaporte estaba preparado. Solo tuvo que telefonear a su madre, a la oficina, y decírselo:

—Me voy con Elky a Roma, mamá.

— ¿A Roma? ¿No está en Italia?

—Sí... Playas, sol, Mediterráneo... Ya sabes, eso.

— ¡Oh, Jan; no hagas locuras! ¡Elky es muy frívola, no me gusta!

—No temas, mamá; no pienso casarme todavía. Solo tengo veinticuatro años. Deseo y necesito vivir.

— ¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo. Te llamaré mañana desde Copenhague.

—No dejes de hacerlo. Envía postales.

A su madre no le había afectado mucho su marcha. Tenía sus propios

problemas. Albert ya era viejo y ella solo tenía cuarenta y dos años. ¡Bah, problema suyo!

Pero su madre había tenido razón con respecto a Elky. Era una mala pécora. Lo había demostrado cumplidamente. Era liviana, frívola, libertina y... Él solo estaba despechado.

Hubiese salido del paso. Lo peor fue lo otro. Albert le llamó al hotel Sevres. Él había bebido whisky, vino y cerveza y la cabeza estaba algo turbia.

— ¿Jan?

—Sí, ¿quién es...? ¡Grite más! ¡No se oye nada!

— ¡Soy Albert! ¡Te llamo desde Estocolmo, Jan! ¡Tu madre ha sufrido un accidente!

— ¿Eh? ¿Está grave?

—Muerta, Jan. Su coche se empotró con otro en la autorruta de... ¿Me oyes, Jan? ¡Es mejor que vuelvas!

Jan no oyó nada más.

Había oído que las calamidades no vienen solas. Colgó el teléfono. El recepcionista le miraba de reojo. Parecía que iba a volverse y darle la cuenta de aquellos millares de liras que no podía pagar.

Optó por salir a la calle. Roma parecía estar en fiestas. Él, empero, estaba agonizando. Era preciso volver a Estocolmo. Pero ¿cómo? No tenía ni una lira. Fue un imprudente al confiar en Elky. Ella debía estar divirtiéndose con aquel amigo italiano que se había buscado nada más llegar.

Luego, la llamada de Albert, quien no sería capaz de enviarle ni siquiera cien miserables corolas. El amante de su madre, no era su amante.

Jan era un muchacho alto, bien formado, algo apocado, de cabellos largos y rubios, que vestía una cazadora de tela sintética, azul, camisa de cuadros, roja y blanca, ajustados «blue-jeans» y zapatos deportivos, de lona.

Su pasaporte estaba retenido en el hotel, donde había dicho que esperaba recibir quinientas coronas de Estocolmo.

El río le fascinaba. El río era atractivo.

Todo empezó a borrarse de su mente. El trabajo en la oficina bancaria, el gimnasio y el club, su mundo, su música.

Tuvo la sensación de que su cabeza iba a estallar de pronto. Se llevó las manos a las sienes, aturdido, volviéndose raudo hacia los coches que pasaban veloces frente a él.

— ¡Callaos todos! ¡Malditos!

Unas chicas jóvenes, pasando en un descapotable, se rieron de su aspecto. Pero el vehículo también pasó de largo, yéndose, en pos de la riada mecánica, hacia el pasado, lejos de donde Jan Sharkot empezaba a sentirse sumido, y no era precisamente el agua del Tigris.

Se esfumó súbitamente, pasando del «ser» al «no ser», como si no hubiese existido nunca, esfumándose bruscamente, volatilizándose.

Y ni siquiera la gente que pasaba junto a él se dio cuenta. Todos iban a sus asuntos. Directamente, nadie le vio esfumarse. Le vieron y no le vieron, sin

transición.

Luego, la existencia en Roma pareció continuar sin la presencia de un muchacho sueco que había dado un fantástico salto en el tiempo, pasando de un día soleado romano, a un día similar, pero situado en otra parte y en otro tiempo... ¡Saltando al futuro!

* * *

Jan tuvo la sensación de materializarse, de adquirir forma física, o de lo que fuese. Su cerebro parecía a punto de estallarle. Creyó que había muerto ahogado en las aguas del Tigris, y que ahora se encontraba en el otro mundo.

¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era aquel?

Primero vio una máquina singular y extraña. La contempló con los mismos ojos y las mismas ideas que Volta o Leclanche mirarían ahora un generador termonuclear. Vio también el «materializador» de campana transparente. Allí no parecía haber nada más. Todo era extraño.

Pero algo parecido a una puerta se descorrió silenciosamente y aparecieron dos personas. En esto no podía confundirse Jan: un hombre y una mujer. Ella era joven, bonita, de rostro suave, ovalado, ojos almendrados y oscuros, cabellos cortos y negros... ¡Y un cuerpo escultural, ceñido por una extraña ropa plateada, de cintura breve, lindas caderas y busto redondeado y turgente, como el de una escultura antigua!

El hombre, por el contrario, era anodino al lado de ella, y vestía una curiosa bata cruzada, azul, sin adornos. Era pesado, rechoncho y de cara redonda y fácil.

Ella, la joven, la que subyugó a Jan a primera vista, fue la primera en hablar, haciéndolo de modo melódico, con acento marcadamente extranjero, pero hablando la misma lengua de Jan con facilidad.

—Perdone que le hayamos traído aquí. Si el estudio previo de su mente no ha fallado, creo que estaba usted atravesando un trance difícil.

— ¿Qué lugar es este? —quiso saber Jan.

—Se encuentra usted en el Laboratorio de Trasplantación Fisiológica de Olimpia, señor Sharkot —habló el hombre—. Permítame presentarle a la doctora Wanda Nhill... Yo soy el doctor Harry Smithson.

Aturdido, sin comprender, sin saber, sin ni siquiera sospechar que estaban utilizándole de conejo de indias, Jan miró al hombre y luego a la joven.

—: ¿Laboratorio de Trasplantación Fisiológica de Olimpia? —repitió Jan, maquinalmente—. ¿Qué es eso?

—Escuche, señor Sharkot —habló Wanda, dulcemente y sonriendo—. Es mejor que no intente comprenderlo todo a un tiempo. Borre sus pensamientos y partiremos de un punto cero.

»Yo estoy aquí para ayudarle y orientarle. En primer lugar, debemos salir de aquí y pasar a una sala de conversación, donde nos colocaremos cómodos. La relajación es esencial en esta clase de experiencias. Todo cuanto usted diga o piense, está siendo teleregistrado y computado. La experiencia empieza en

este mismo instante. Numerosos científicos, técnicos y operarios están pendientes de usted y de sus reacciones síquicas y anímicas.

—Sigo sin entender. ¿Soy objeto de alguna experiencia?

—Sí. Venga conmigo. ¿Se queda usted aquí, doctor Smithson?

—Sí, señorita Nhill. Debo repasar esto y dejarlo a punto para otro posible ensayo. Dentro de una hora termina mi trabajo.

—Yo habré de permanecer laborando durante un año. Gracias, por todo, doctor Smithson.

—Ha sido un placer, Wanda.

La joven tomó entonces familiarmente a Jan del brazo y le llevó hacia la puerta. Le miró y sonrió.

—Procure fijarse bien en todo cuanto vea. Compare y hágame todas las preguntas que quiera. Estoy aquí para contestar a todo. Incluso su estupor nos interesa.

—Por favor, ¿estoy muerto o vivo?

Jan se miró las ropas. Eran las mismas que había llevado en Roma. En cambio, aquella joven maravillosa, mil veces más exquisita y delicada que la voluble Elky, vestía de un modo extrañísimo.

—Está usted vivo.

— ¿Dónde se encuentra Olimpia? ¿Qué mundo es este?

Fuera del laboratorio había una «cabina de control». Estaba desierta. Al fondo, se encontraba el elevador magnético. Era una cavidad como para seis personas. Jan tuvo la sensación de entrar y luego experimentó algo así como un vahído. Cuando se dio cuenta, o se rehízo, estaba en otro lugar.

Ante él vio una sala, enteramente de cristal, aunque el techo era opaco, donde había curiosos muebles y sillas «elásticas».

—Siéntese, Jan; por favor —rogó ella, indicando uno de aquellos singulares objetos.

—Esto... ¿es para sentarse?

—Sí, vea —Wanda «modificó» con las manos la «silla», le dio rápida forma, como si fuese una escultora moldeando la materia y luego se sentó, reclinándose en cómoda postura—. ¿Qué le parece? Asientos para todas las anatomías. No se deforma mientras se ejerce presión sobre sus moléculas elastómeras.

Wanda se levantó de nuevo y preparó un asiento para él.

— ¿En qué mundo estamos? —preguntó Jan—. ¿Es esto el cielo?

—No. Comprendo sus sentimientos. Posiblemente, en una operación reversible, si yo me encontrase en su época, actuaría con la misma impresión de usted, aunque no es caso, porque nosotros conocemos la historia.

»Usted, en cambio, Jan Sharkot, no puede comprender aún el futuro.

— ¿Estoy en el futuro? ¿Cómo en las novelas de ciencia ficción?

—Exactamente —dijo Wanda, sonriendo—. La antigua ciencia ficción modificó el mundo y nos llevó a lo que somos ahora. Fue una forma pueril de progreso. El hombre es capaz de realizar todo lo que imagina su mente.

— ¡En el futuro! ¡No puedo creerlo! ¿Qué día es?

—14 de septiembre de 2069.

— ¡La misma fecha que...! —Jan se detuvo—. ¡No es posible! ¡He avanzado cien años!

—Exactamente. Podría decirse que tiene usted ciento veinticuatro años, cosa que no es cierto. Usted sigue siendo el mismo.

— ¿Pueden ustedes hacer eso? ¿Sacar a las personas de otra época y traerlas a la suya, así? —Jan chasqueó los dedos, como un prestidigitador.

Ella le imitó y sonrió.

—Así mismo, Jan. Perdona que me familiarice contigo. Debemos eliminar formulismos. Vivimos en un mundo muy sencillo y moderno, sin complejidades. Tú eres nuestro único ejemplar raro.

»Te lo explicaré todo desde un principio y espero que lo comprendas. Si no es así, no te preocupes mucho. A nosotros solo nos interesa tu «comparativismo mental».

— ¿Comparativismo mental? ¿Qué es?

—Una expresión que se acerca a la definición exacta de la experiencia que pretendemos realizar contigo. Queremos enfrentarte a un mundo que no conoces. Voy a mostrártelo todo, durante un año. Tu capacidad de asombro es, precisamente, lo que nos interesa. Se suele decir aquella frase: «Si mi abuelo levantara la cabeza y viera estas cosas...» ¿La has oído? —el asentimiento mudo de Jan, hizo continuar a Wanda—. Pues, bien, la técnica moderna nos permite realizar eso. Un ser de hace un siglo levanta la cabeza y echa un vistazo en derredor.

—Estoy aturdido.

—Es lógico. Y no debes preocuparte. Todas tus impresiones están siendo captadas por nuestros registradores. El aire está lleno de ondas invisibles que confluyen sobre tu cerebro, registrándolo, por así decir y efectuando el estudio comparativo.

—Sí... Me han traído aquí para estudiarme... Entiendo eso... Estamos en la Tierra, dentro de cien años.

—Bien, sí. Tú has dicho la verdad. Estás en la Tierra, dentro de tus próximos cien años; no de los míos. Físicamente, eso es posible ahora. Nosotros absorbemos, por decirlo así, la materia de tu pasado y la trasportamos aquí.

— ¿Y luego qué?

—Buena pregunta, Jan —replicó Wanda—. Esperaba que me la hicieras. Y puedo contestarte también. Luego, volverás a tu tiempo otra vez. Sin embargo, no recordarás nada de cuanto has visto u oído... Iniciarás tu existencia en el segundo exacto en que la has dejado. O sea, dicho de otro modo, ¡para ti no habrá transcurrido el tiempo, en apariencia!

—Eso es demasiado confuso. No puedo comprenderlo.

—No te esfuerces. No lo comprenderías nunca. No tienes tiempo suficiente. Un año pasa pronto. Y la experiencia no consiste en que aprendas

de esta época, sino que aprendamos nosotros de ti.

— ¿Y qué os puedo enseñar yo, pobre de mí? No tengo ni un «öre»... Estaba desesperado... Iba a tirarme al río...

—Lo leímos en tu mente. Por eso te hemos traído aquí.

— ¿Para salvarme la vida?

—No, Jan —dijo Wanda, tristemente—. Tu vida, solo puedes salvarla tú... ¡Y cuando vuelvas a tu época, te encontrarás exactamente igual que estabas! ¡No quedará ni un recuerdo de esto! ¡Solo tendrás aquello que tenías en aquel momento!

CAPÍTULO II

—Hemos conquistado todo el Sistema Solar, tenemos bases y colonias de aclimatación en todos los planetas. Existe un enorme intercambio sideral con todos los seres que pueblan esos mundos, que son semejantes a nosotros.

»No, los planetas del Sistema no estaban habitados. Hay muchos habitados en otros sistemas y nuestras naves hiperespaciales están intentando entrar en contacto con esas razas distintas.

»Eso es el Orden Cósmico, los Mundos del Más Allá, de lo que te hablaré en otra ocasión.

»Deseo hablarte de este mundo, de la vieja Tierra, pacificada, organizada, feliz y contenta.

Los ojos de Jan se agrandaron extraordinariamente.

— ¿Vive la gente feliz ahora?

—Sí.

— ¿No hay guerras?

—No.

— ¡Es inaudito! ¿Quién ha realizado ese milagro?

—La Humanidad en una labor en la que, posiblemente, tú participaste. Yo no quiero creer que cuando vuelvas a tu época, a Roma, te arrojes al río. Si por mí fuese, dejaría en ti algo del recuerdo de esta experiencia, para que cambiase tu vida. Pero eso no puede ser, porque sería tanto como modificar los antecedentes históricos, y los resultados serían catastróficos.

»No, quiero decirte que por ti mismo, puedes ver tu verdad, comprender y seguir viviendo. Entonces, puede contribuir a lo que ya está hecho.

»La Humanidad se transformó, precisamente, por la gran injusticia que existía en aquellos tiempos. La primera revolución de la juventud marcó la pauta del principio filosófico transformador. El primer antecedente se dio en Centroeuropa, contra el régimen comunista. Ocurrió que la fuerza militar en que se apoyaba el sistema antiguo falló por su punto más débil.

—No entiendo —murmuró Jan—. ¿Qué fue lo que falló?

—El ejército recibió órdenes de disparar contra los revolucionarios amotinados. Y, en vez de obedecer, la tropa, compuesta por millares de jóvenes, volvió sus armas contra los que dictaron la orden.

»Fue lógico, hasta cierto punto. El ejército procedía del pueblo, pero los antiguos conceptos disciplinarios no habían sido modificados. Ocurrió lo que debía ocurrir. La juventud había sido armada para sofocar revueltas, y lo único que había revuelto era el mundo por falta de justicia, razón, humanidad y exceso de caciquismo.

«Siguieron años de intensas convulsiones y no faltas de sangre. La revolución iniciada en Centroeuropa se extendió al mundo entero. América, que había sido vivero de vicio, corrupción y egoísmo, y que ya tenía el quiste de su revolución negra, se convirtió en el caos más espantoso.

«Esto, que en otra época, habría regocijado a sus enemigos del este, no alegró a nadie. Ni siquiera las hordas incontroladas ya, de la demolición, el aniquilamiento, la destrucción y el odio, se alegraban de sus resonantes triunfos.

«África fue un auténtico volcán donde no quedó ni un hombre blanco de muestra. Habían sido muchos los años de colonialismo, «apartheid», discriminación, etc., para que la raza negra pudiera perdonar las afrentas que había sufrido.

»Ya intentaron los gobiernos coaligarse. Fue el último y desesperado intento por salvar lo que consideraban la continuidad de la civilización. Fracasaron. La única bomba atómica que se lanzó en aquellos tumultuosos años, la arrojó un piloto americano sobre Ginebra, donde se habían reunido todos los más altos dirigentes políticos del mundo, en el desesperado intento de buscar una solución pacífica.

«El desastre fue inmenso. La Humanidad ácrata, incontrolada, desorganizada y rebelde, pareció estallar en su última convulsión genocida. En todas partes se mataba por puro instinto de conservación, se robaban

alimentos y se incendiaba todo cuanto pudiera arder.

»Y el peor enemigo del hombre no tardó en hacer su aparición entre tantas ruinas: el hambre. Esto fue lo peor. Nadie producía, nadie trabajaba. Las armas, en manos de los hombres enloquecidos, habían sembrado únicamente pánico y terror.

«Millones de seres perecieron por esa ley que llamamos de selección. Solo sobrevivieron los más audaces, los más arrojados, los más desesperados. Era lógico que tímidos, pusilánimes y cobardes se quedaran en su refugio, trémulos y asustados, mientras el mundo ardía en todos su confines.

»Y, posiblemente, se, habrían exterminado entre sí en pocos años, si no surgen los pacificadores de la Nueva Era, que fueron hombres y mujeres capaces del mayor sacrificio y de la mayor heroicidad, quienes lograron hacer lo que parecía imposible.

«También es cierto que la capacidad destructiva de los supervivientes se había debilitado. Ante la magnitud de la catástrofe, una nueva razón se impuso. La población mundial, en quince años, se había reducido a una cuarta parte.

«Pues bien, aquellos seres, nuestros abuelos, depusieron las armas, al fin, atendiendo a las insistentes llamadas de radio que se hacían desde los humeantes escombros franceses.

»Un hombre, Pierre Gard, entre las ruinas del viejo París, seguido por un grupo de hombres de buena voluntad, instaló la primera emisora de radio intercontinental.

»Así se logró difundir a todo el mundo un programa de paz y hermandad, del que saldría, al poco, la primera conferencia mundial del Sena, principio de la Nueva Era.

«Ahora vivimos en paz todos los seres humanos... Allí se establecieron las bases que todavía rigen a la humanidad. Habíamos estado demasiado cerca del abismo. Era preciso buscar un sistema racional y adecuado para todo el mundo.

«Se encontró, desde luego. Quedaron abolidos todos los antiguos sistemas políticos y se creó el Gabinete Técnico, compuesto por antiguos hombres de ciencia. Quedó suprimido el antiguo presidente o jefe de estado porque no se quería volver, en modo alguno a los antiguos sistemas republicanos, ni democráticos, y mucho menos dictatoriales u oligárquicos.

«Era preciso establecer una ley única para todo el universo, que es la que llamamos Ley Universal, la cual nos impone a todos los mismos derechos y obligaciones, sea cual sea el color de la piel o el lugar de nacimiento.

—Siendo así, ¿quién manda?

—Tenemos un ejército obligatorio, que llamamos Fuerza Legal, del cual forman parte, durante un año, obligatoriamente, todos los seres humanos, controlado por un Departamento de Justicia. Es como una fuerza de policía y ejército, unido y uniformado. La Fuerza Legal no actúa caprichosamente, sino que está dirigida por eminentes técnicos jurídicos, que son elegidos cada cinco

años.

«Al igual que el Departamento de Justicia, funcionan otros veintidós Departamentos más, como son los del Trabajo, Ciencias, Agricultura, Navegación, Pesca, Cultura, Sanidad, etc.

«Cada Departamento actúa indistintamente, excepto cuando está relacionada una cuestión con otro Departamento, en cuyo caso se nombran comisiones mixtas de expertos en ambas cuestiones.

«Cada Departamento está dirigido por una comisión de seis altos técnicos en la materia de su competencia, los cuales se reúnen periódicamente para ir tratando los asuntos que los subdepartamentos someten a su estudio, reforma o consideración.

«Nada hay secreto en la Nueva Era. Todas las reuniones de los técnicos de Departamento son públicas. Se proyectan al mundo por medio de la T.V., para que las discusiones preliminares, los planteamientos y los acuerdos, puedan ser escuchados por el público. «Existe en todos los órdenes una libertad absoluta, solo frenada por la Ley Universal, cuyos simples enunciados se aprenden obligatoriamente en la escuela primaria.

»Lo verdaderamente grande de la Ley Universal es el principio de igualdad humana en todos los órdenes. Quedó establecido en la conferencia del Sena, que todos los seres humanos somos iguales por derecho de nacimiento. Así, el hijo de un simple peón de limpieza es exactamente igual al hijo de un técnico de la comisión departamental que quieras.

»Yo ante la ley, soy igual que cualquiera de mis semejantes.

Ante esta declaración, Jan Sharkot no pudo por menos que exclamar:

— ¡Eso es imposible! ¿Cómo vas a ser igual que un hombre?

—Lo soy. Enteramente igual. Aunque el Departamento de Relaciones Humanas ha establecido ciertas diferencias de tipo físico, que, por elementales, se comprenden. Yo tengo libertad para tener hijos o no tenerlos, de acuerdo con los principios del Departamento Matrimonial. Y, forzosamente, si me caso y llego a un acuerdo con mi esposo, los hijos los tendré yo, y no él.

Jan sonrió, asintiendo.

—Pero existen otras desigualdades. El hombre bajito no puede ser igual al hombre alto.

—No, en efecto. Esa igualdad no existe, ni la necesitamos, porque el hombre alto acepta su estatura, como el bajito acepta la suya por ley natural.

— ¿Y los ricos y los pobres? —preguntó Jan, creyendo haber puesto el dedo en la llaga.

Wanda Nhill sonrió.

—Ese es uno de los primeros capítulos de la Ley Universal. Y, en cierto modo, de los más justos. Hace más de setenta años que existe la Ley y no ha tenido un solo fallo.

— ¿Hay ricos y pobres? —insistió Jan.

—Sí y no. Hay quién gana más y hay quien gana menos, depende de su

capacidad físicomental. Y es lógico que así sea, puesto que, entre todos los seres del universo, no todos pueden ser técnicos.

«Ocurre que nos regimos por leyes de selección. Y no existe engaño. El que solo sirve para peón de limpieza debe conformarse con el sueldo que le dan, siempre suficiente, empero, para cubrir sus necesidades.

»Te voy a explicar esto con detalle y desde el principio, para que lo entiendas bien. Préstame atención porque los teleregistros están funcionando intensamente para captar tu «comparativismo mental» y es lástima que se malogre tanto esfuerzo técnico Como el que representa esta experiencia.

* * *

—Todos nacemos exactamente iguales. Inmediatamente, se nos registra en el Departamento Demográfico con un nombre y un número. Ya pertenecemos a la raza humana, ya tenemos unos derechos y unas obligaciones.

»En ese mismo momento, la sociedad, o sea el Departamento de Pagos, nos asigna un sueldo de 10.000 créditos, que irá en aumento, progresivamente, a medida que aumenten nuestras necesidades.

«Quien menos créditos percibe en este mundo es un recién nacido. Pero no necesita pagar médicos, porque estos cobran del Departamento de Pagos por su trabajo.

»Sigamos con el proceso evolutivo y natural del recién nacido. Sus padres perciben diez mil créditos por el niño durante cinco años. Al cumplir los cinco años, el niño pasa a depender del Departamento de Educación. Los padres, por tanto, ya no tienen que preocuparse de mantener a sus hijos. Todo, incluso las ropas, se lo facilita el Departamento de Educación.

»El niño empieza a estudiar y el colegio al que asiste percibe por el niño 11.000 créditos para su manutención. Los educadores no cobran nada del niño, porque ya reciben sus salarios de Pagos,

»Bien. Aquí es donde se empieza a notar que unos niños están más capacitados que otros. Cada niño tiene un expediente, donde se anotan todas sus características: nombres de los padres, profesiones de estos, etcétera.

»Las leyes hereditarias son muy importantes a la hora de computar coeficientes educativos, decisivas para el futuro del niño. Y, como es lógico suponer, si unos ponen más interés, aprenden más aprisa y si ponen menos, aprenden más despacio, o bien suspenden asignaturas.

»Desde luego, esto no empieza a definirse con exactitud hasta que el niño tiene diez años, época en la que sufre su primer examen sicotécnico, y que se repite durante los cuatro años siguientes, a fin de establecer, sin lugar a dudas, qué clase de trabajo u ocupación será la más adecuada para el niño, quien, a su vez, ya empieza a darse cuenta de quién es, dónde está y para qué está en esta vida.

—Creo entender que alguien se encarga de pagar todos esos gastos —expuso Jan, escuchando atentamente—. ¿Puedo saber quién?

—Lo paga la humanidad entera, con su trabajo, su esfuerzo o con su

inteligencia, que todas son formas de rendimiento —contestó Wanda.

— ¿Todo el que trabaja paga la inmensa cifra de dinero que requiere la manutención y enseñanza de todos los niños del mundo? —insistió Jan, perplejo.

—Exactamente, Jan. Lo pagamos entre todos. Y es lógico que así sea. En realidad, lo único que ocurre es que el dinero, los créditos, los emite el Departamento de Pagos, y puede emitir todos los que sea necesario. En realidad, nuestro trabajo no produce dinero, ni beneficio, ni nada.

»El trabajo es solo trabajo. El dinero es un crédito que se nos da para mantenernos, y del que cada uno puede hacer lo que le plazca, porque las principales necesidades físicas están cubiertas.

»Aquí no se puede comer más de lo que se necesita, porque caeríamos en manos de los médicos. Tampoco se pueden coleccionar parcelas de tierra y hoteles, porque está prohibido por la ley. Y si cuando uno se muere deja muchos créditos acumulados, no los puede transferir a nadie, porque son nominales.

»Pero sigamos con el principio educativo y ya iremos a parar a esos otros temas.

»En la escuela, el niño estudia más o menos de acuerdo con su capacidad. Si está enfermo, se le atiende. Si es retrasado, se le intenta corregir, y si es deficiente pasa a depender del Departamento de Sanidad, y hasta que sane, estará atendido en todo y por todo.

»Se puede ser un enfermo, se puede uno morir, pero lo que no se puede es mentir, ni falsear, ni robar, ni matar, ni cometer todos aquellos actos que atentan contra la ley natural. El cumplimiento de todo esto está vigilado por la Fuerza Legal.

»En la escuela empiezan, pues, a definirse los futuros hombres y mujeres. Hay quién se obstina en no aprender y pasar el tiempo jugando, y, por la ley, no se le puede obligar. Se le advierte, empero, que no será nadie en la vida. Se le demuestra incluso la diferencia que existe entre un técnico y un simple obrero. Hay quién intenta superarse y llega a ser un buen técnico, mientras que otros se conforman con lo mínimo, que es el ser un obrero, un especialista o un subtécnico.

«Desde luego, los cargos selectivos más importantes exigen unos conocimientos auténticamente importantes. Se da el caso de que los coeficientes de capacidad van continuamente en aumento. Y si hace unos años, uno podía llegar a ser un superior técnico con un coeficiente noventa y cinco, ahora hay quien sobrepasa los cien y los ciento tres.

»De la escuela primaria, los alumnos pasan a los institutos de enseñanza media, con 12.000 créditos anuales. Allí ya se orienta hacia donde los «tests» sicotécnicos han marcado. El que ha de ser médico se esforzará en aprender medicina y el que ha de ser ingeniero, se inclinara hacia las matemáticas, la física, la electrónica, etc.

— ¿Y hay puestos de trabajo para toda esa juventud que va saliendo de las

escuelas y universidades? —quiso saber Jan Sharkot.

—Esos puestos se van creando a medida que salen los nuevos licenciados. Es matemáticamente exacto. Se crean tantos puestos de trabajo como licenciados salen de las aulas, aunque antes pasan por un aprendizaje previo en centros de enseñanza práctica, al lado de auténticos profesionales.

»Todo está previsto, matemáticamente estudiado, y todo se realiza sin fallos, porque los fallos tienen su correspondiente responsabilidad.

— ¿Se pagan los errores?

—Naturalmente. El Departamento de Justicia juzga y castiga si ha habido culpa. En eso la ley es estricta. Si uno no desea ser castigado, que no falte, sea por descuido, error o intencionadamente.

— ¿Y no hay peligro de injusticias?

—Sí. El procesado puede recurrir hasta el mismo Alto Tribunal. Todo es gratuito en la ley. No hay abuso. Los magistrados cobran del Departamento de Pagos, y la sentencia debe cumplirse al fin, y se cumple con trabajo, sin remuneración. ¿Empiezas a comprenderme?

—No del todo. Me resulta muy complejo.

—Es que lo estás comparando con lo que tú conoces. Y eso, es exactamente, lo que deseamos. Nos estás sirviendo de medio para comparar nuestro actual sistema con el que había antes de iniciarse la Nueva Era.

»Cómo habrás visto, no hay gobierno, ni jefes, ni autoridad mayor, sino comisiones que se van relevando periódicamente por hombres nuevos con índices de capacidad mayor.

«Veamos qué ocurre con un joven abogado cuando termina su carrera: todos los puestos jurídicos del Departamento de Justicia están abiertos para él. Solo tiene que aspirar al que considere apropiado para su ambición, forma de ser, estudios, capacidad, etc. Se le admite la solicitud, junto con otros miles de muchachos que aspiran al cargo.

Si la plaza está ocupada, han de demostrar en los exámenes previos tener más capacidad que el usufructuario. Si lo logran, que casi siempre ocurre, porque los jóvenes se esfuerzan en superar todo lo hecho, obtiene el puesto el de mejor coeficiente. En caso de que dos o varios aspirantes obtengan el mismo coeficiente, se amplía el «test», hasta que solo quede uno de ellos. Y el mejor ocupa el puesto ambicionado.

»El usufructuario también forma parte de estos exámenes, defendiendo su puesto y su paga. Los cargos superiores técnicos perciben hasta cuarenta mil créditos.

»La paga de un ínfimo peón es de 15.000 créditos, y cada uno puede hacer con su dinero lo que se le antoje. Naturalmente, a la mayoría se le antoja vivir mejor, tener mejores bienes de equipo, casitas, coches...

— ¿Son iguales todas las viviendas? —preguntó Jan, creyendo tener acorralada a Wanda.

—No, indudablemente. Hay tantos tipos de viviendas como tipos de clasificación profesional. El que más sabe, el que más ha estudiado, el que

vale más, vive mejor.

—Pues eso es lo que ocurría antes de lo que has llamado Nueva Era.

—No, ni mucho menos. Entonces ocurría que muchos ineptos estaban encumbrados y muchos genios vivían en la mediocridad. Eso no era justo. En cambio, ahora, como todos han tenido las mismas oportunidades, el sentido de justicia y comprensión empieza en uno mismo.

CAPÍTULO III

Jan Sharkot se había acercado a la gran ventana panorámica y estaba contemplando los árboles y jardines que rodeaban el edificio en que se encontraba. No vio ninguna otra edificación.

Se volvió a Wanda y preguntó:

— ¿Y las casas?

—Están en la ciudad. Esto son las afueras. Aquí realizamos una serie de investigaciones que ciertos técnicos han llamado peligrosas, debido a las radiaciones, a la acumulación de altísimos voltajes, muchos tipos de ondas... Bien, para venir aquí tenemos automóviles especiales que no es posible utilizar en la ciudad.

— ¿Cómo se vive?

—Decente y dignamente. Yo gozo de mi apartamento particular. Si me caso, tendré derecho a mi piso matrimonial, a mi pequeño jardín, a mi cocina particular, y a todas esas cosas que necesita un hogar.

»Hay personas que no las necesitan y renuncian a ellas, porque el tener todo lo que se necesita obliga a mucho.

—Empiezo a comprender que estáis viviendo en una sociedad técnica muy evolucionada —dijo Jan, acercándose a Wanda—. Me gustaría conocer la ciudad y las gentes.

—Está dentro del programa de experiencias. Antes, hemos considerado

necesario explicarte la situación. Tendrás que ir a Olimpia, ver a la gente, hablar con unos y otros. Yo te acompañaré siempre —Wanda se puso en pie y tomó una especie de carterita, de reducidas dimensiones, que había sobre una repisa metálica—. Aquí está preparada tu documentación.

Sacó una cartulina azul y añadió:

—Tu tarjeta de identidad, con tu fotografía.

— ¿De dónde la habéis sacado? No he visto...

—Nosotros te hemos visto a ti muy bien, Jan Sharkot Hoofer. Tu número de identidad es el X2219-BZ. Recuérdalo, porque te será muy útil. De todas formas, puedes consultarlo. Aquí tienes, también veinte mil créditos, en cupones nominales, que te han de durar todo el año.

—Al terminar el dinero, ¿termina la experiencia?

—Sí.

Jan frunció los labios. Su pensamiento quedó registrado en otra parte del edificio, donde un hombre de ciencia observó la acentuada oscilación de una aguja magnométrica y presionó un pulsador el cual impresionó una raya roja sobre la oscilación, para una ampliación de estudio.

—Hay algo que no he acabado de comprender —dijo Jan, como si temiera que sus pensamientos pudieran quedar grabados, y por ello los modificó rápidamente.

— ¿Qué es?

—Un estudiante termina la carrera de ingeniería, por ejemplo. Inmediatamente, pasa su período que llamáis de Fuerza Legal, donde se le adiestra en los deberes cívicos, y luego, pasa a ocupar un empleo de su profesión, junto con otros doctos maestros.

—Sí, eso es.

—Luego —continuó diciendo Jan—, ese mismo joven aspira a formar parte del comité que preside el Departamento de Obras Públicas, por ejemplo.

—No. Ese comité está compuesto por técnicos superiores solamente. Hay unas elecciones, a las que pueden presentarse todos los técnicos superiores, y que se celebran cada cinco años. Aquí no es necesario ser el mejor, puesto que no se trata de un cargo ejecutivo, sino legislativo.

»Un ejemplo te será mucho más fácil. Mi padre forma parte de la Comisión rectora del Departamento de Ciencias. Fue elegido hace dos años para un período de cinco. Su empleo está en la Universidad de Olimpia, y es catedrático de investigaciones siquiátricas.

»Como Comisionado Rector del Departamento de Ciencias, está cumpliendo un deber en el Departamento y otro en la Universidad. El horario laboral normal es de cinco horas. Mi padre, como legislativo elegido, se puede decir que trabaja diez horas, o sea, cinco en la comisión de ciencias y cinco en su cátedra.

»Jamás, al término de su periodo legislativo, volverá a ser elegido. Sin embargo, su cátedra está siempre en peligro, porque hay muchos jóvenes que aspiran a ese empleo o cargo. Cada año, mi padre debe examinarse, junto con

los aspirantes, y si lleva diez años ocupando la cátedra, es debido a su capacidad y dedicación constante.

— ¿Y si en uno de esos exámenes, tu padre fuese derrotado por otro científico más joven?

—Perdería su cátedra y habría de opositar para otro cargo, considerado inferior, obteniendo un sueldo menor. Descendería de escalafón y se encasillaría en una categoría peor pagada.

»Aquí lo que se pretende es que siempre el mejor esté arriba, sin que por ello se prive a nadie de sus derechos. La ley es igual para todos y con eso nos conformamos, aunque, a veces, quisiéramos continuar en un puesto que ya no nos pertenece.

—Debe ser penoso ambicionar un cargo, obtenerlo y perderlo a la siguiente convocatoria —observó Jan.

—No, no lo es, créeme. En realidad, no hay tanta pugna como parece a simple vista. Los jóvenes salen de las Universidades bien preparados e inmediatamente tienen sus puestos de trabajo dispuestos. No son muchos los que aspiran a desbancar a un catedrático que tiene veinte años más que ellos, porque saben que la experiencia es lo que más cuenta. Y ellos están faltos de experiencia. Además, como puestos elevados en todos los órdenes técnicos son los que menos hay, porque el campo de los obreros y especialistas es el mayor, debido a que cuenta menos esfuerzo ser un conductor de vehículo urbano que dirigir una empresa electrónica, pongo por ejemplo, la lucha por el poder solo se entabla en las altas esferas. Y, a mayor abundancia de conocimientos, existe, así mismo, más cultura, comprensión y caballerosidad.

— ¿Y los obreros se conforman con que hayan directores ejecutivos?

— ¡Naturalmente! —contestó Wanda—. Sin ir muy lejos, camino de Olimpia, encontraremos, cerca de aquí, una gran fábrica automizada de calzado, donde se fabrican diez millones de zapatos al año. Pese a su automación, trabajan allí unas mil personas.

»Pues bien. Hay un director general, tres directores ayudantes o vicedirectores, encargados de la administración, la fabricación y el personal, con sus respectivos ayudantes, que son unos veinte técnicos en total. Inmediatamente después vienen los jefes de secciones, los encargados y los especialistas. Por último están los obreros que realizan el trabajo. Estos son unos novecientos, controlados directa o indirectamente por esos cien superiores. Y todos trabajan el mismo tiempo.

— ¿Cinco horas de trabajo obligatorio?

—Cinco —afirmó Wanda.

* * *

Jan Sharkot, vistiendo una extraña y sutil tela plateada, muy ajustada a su cuerpo y, en esencia, parecida a la que llevaba Wanda, salió al exterior, acompañado de su anfitriona, la cual llevaba ahora una especie de bolsa rectangular, de cuero negro, al parecer, que colgaba de su hombro.

— ¿Qué llevas ahí? —le había preguntado Jan, poco antes de salir del edificio, cuando él se reunió con ella después de cambiarse de ropa y calzado.

—Tu registrador personal y una carga paralizante, por si fuese necesario inmovilizarte en caso de apuro.

Jan había pensado en estas palabras, mientras salían y se dirigían a donde estaba el garaje, donde se alineaban más de un centenar de vehículos de moderna línea aerodinámica.

— ¿Por qué puede ser necesario inmovilizarme? —preguntó Jan, de pronto.

—Tú no eres de nuestra sociedad. Tu mente es libre y puedes sentir deseo de... No sé cómo decirte... ¡De modificar el antecedente histórico, por ejemplo!

— ¿Cómo? —insistió él.

—No quieres entenderme, Jan. Tú eres mi responsabilidad. Hemos de realizar la experiencia y luego devolverte a tu época. Si escapas, te ocurre algo, ¡que Dios no lo quiera!, o pretendes quedarte aquí, debo impedirlo.

—Comprendo. Eso obedece a que yo estaba a punto de arrojarme al río por una serie de circunstancias que no se me han modificado. ¿A qué esperar un año?

—Aquí no podrás morir sin consentimiento nuestro —afirmó Wanda, seriamente.

— ¿No hay modo de pegarse un tiro?

—No. Desecha esas ideas. Si pretendieras hacerlo, en caso de poder, yo lo impediría con la carga paralizante que llevo aquí.

—De acuerdo —asintió Jan, con un gesto—. No intentaré quitarme la vida. A mí también me interesa la experiencia. ¿Son coches, verdad?

—Sí. Pertenecen a los doctores que trabajan en el Centro de Investigaciones. Con ellos se trasladarán a Olimpia al término de su jornada laboral.

— ¿Y qué hacen luego?

—Cada uno hace lo que quiere. Unos se distraen estudiando más en sus profesiones, otros practican deporte, cultivan el arte, escuchan música o se van al teatro. Sube por esa puerta.

Wanda tocó un pulsador y se descorrieron dos portezuelas. El interior del vehículo era moderno y confortable. Cabían perfectamente cuatro personas.

— ¿El utilitario normal? —preguntó Jan, viendo que todos los vehículos eran iguales.

—Sí, el que corresponde a nuestra categoría social, podríamos decir. Todo está perfectamente medido y tasado. Si cualquiera de nosotros poseyera otro vehículo de más precio, no podría mantenerlo, o tendría que privarse de otros deseos. Un doctor en investigación solo percibe veinticinco mil créditos.

—Deduzco que debe de ser un buen sueldo.

—Es suficiente.

— ¿Y no miráis por encima del hombro al peón que solo cobra quince mil?

Wanda sonrió y dijo:
—No, pronto lo verás. Ellos comen y visten igual que nosotros.
— ¿Y tu jabón de tocador no es más caro que el del minero?
—Tampoco. Los mineros son especialistas y perciben entre quince y veinte mil créditos. Tienen su reglamentación, aprobada por ellos mismos, y su jabón es tan bueno como el mío. El actual sistema social no está basado en la limpieza, que, por otra parte, es obligatoria.
— ¿No hay regiones negras ni trabajos más pesados que otros?
—Hay regiones negras, donde la gente es limpia, y hay trabajos más pesados que otros —dijo Wanda, pacientemente—. Pero ten en cuenta que ya en la escuela, al ir quedando reducidos los campos profesionales, debido a la incapacidad real o hereditaria del individuo, este no tiene más remedio que aceptar aquello para lo que sirve.
—Un minero puede servir también para zapatero, o para conductor.
—No es cierto. Los coeficientes de aptitud indican sin equivocaciones para qué trabajo se sirve mejor. Y las máquinas computadoras no se equivocan.
Wanda puso su coche en marcha silenciosamente y lo sacó del garaje con maestría, llevándolo hacia una bien cuidada carretera bordeada de árboles.
—En mi mundo, se quitan los árboles para evitar accidentes.
—Aquí, no —contestó Wanda.
—No ocurren accidentes, ¿eh?
—Sí, el accidente es inevitable, pero no es un delito. El árbol cumple una función vital para la atmósfera. Si falla una máquina el único responsable es el constructor. Siempre sabemos por qué ha ocurrido el accidente. Puede aflojarse un tomillo del eje de dirección. Y como ese tornillo no debía aflojarse, el responsable es el operario que lo apretó mal.
— ¡Oh, eso es muy ambiguo! —exclamó Jan—. ¿Y si lo afloja otra persona?
—Se ha dado el caso. Y para eso está la Fuerza Legal, que investiga a fondo el accidente. El fallo técnico tiene su responsabilidad. Pero el asesinato es otra cuestión más grave. Si se demuestra que hubo tal, la Fuerza Legal, que dispone de técnicos investigadores, estudia el caso hasta dar con el culpable, al que se juzga. La muerte de otra persona está castigada con la condena perpetua a trabajos forzados.
»Eso es en caso de que un tribunal médico no diagnostique que el homicida es un desequilibrado mental, ya que entonces pasa a un internado siquiátrico para su rehabilitación.
—Todo perfectamente organizado... ¿Qué edificio tan extraño es aquel?
—El espaciódromo de Olimpia. De ahí salen las naves espaciales que van a distintos planetas del Sistema Solar. Pasaremos cerca. Puede que veamos el despegue de alguna nave.
— ¿Es un parador aquello?
—Exactamente. Allí se puede repostar combustible eléctrico, comer, si se tiene apetito, beber algo, descansar en cómodos lechos o reparar el vehículo si

se ha notado alguna deficiencia.

Jan sonrió.

— ¿Y denunciar al operario?

—No. Si el que repasa la avería encuentra un fallo, él mismo la comunica a su departamento. Yo no tengo por qué entender de vehículos. No es mi profesión.

— ¿No notas nada en el funcionamiento, a fin de aprovechar la ocasión y detenernos?

— ¿Voy demasiado aprisa?

—Eso me parece —admitió Jan, a quien no hacía ninguna gracia el modo como pasaban los árboles a su derecha.

—Solo voy a ciento sesenta, muy por debajo del índice de seguridad. Este «Belms» puede ir a trescientos por hora. Pero me detendré... Hay un fallo en la carrocería. No sé si sabrás que este vehículo «anfivolante», o sea que va por tierra, sobre o bajo el mar y por el aire. Y, precisamente, la junta hermética del comportamiento de ruedas, no ajusta bien y deja entrar agua. Haremos que nos lo revisen y verás cosas particularmente extrañas.

Wanda dirigió el bólido hacia la estación, cuya arquitectura y dimensiones impresionaron a Jan, haciéndolo pasar sobre una especie de puente metálico, hasta terminar por detenerlo en una plataforma, donde se les acercó una joven rubia, de graciosa figura, que vestía un buzo azul claro.

La joven del buzo azul se fijó particularmente en Jan, preguntando a Wanda:

— ¿Es él, señorita Nhill?

—Sí, Carlota. Es él.

La joven tendió la mano hacia Jan, sonriendo de modo muy agradable y mostrando una hilera de blancos dientes.

—Me alegro de conocerle, señor Sharkot... ¡Bienvenido a nuestra época! ¡Ah, cuando se lo cuente a Bover, se morirá de envidia! ¿Qué le parece nuestro mundo, señor Sharkot?

—Asombroso... Asombroso todo, incluso usted —contestó Jan—. ¿Acaso aquí todos hablan sueco?

Wanda y Carlota sonrieron.

— ¿Todavía no te has dado cuenta de que eres tú quien no habla ya sueco? —preguntó Wanda.

— ¿No? ¿Qué hablo?

—El idioma universal o lengua natural de la humanidad. Te hemos transmitido artificialmente nuestro lenguaje y es el que tu subconsciente está empleando. Debes estar tan sorprendido que ni siquiera te has dado cuenta que no hablas tu lengua materna.

Jan iba de asombro en asombro. Esta verdad le hizo pronunciar con dificultad las palabras durante un rato, hasta que luego se volvió a habituar, porque las ideas afluían a su mente con normalidad y su lengua se expresaba del mismo modo.

— ¿Qué desea, señorita Nhill?

—Revisión de la junta del compartimento de ruedas. En las inmersiones me entra agua.

—Lleve el vehículo al tanque de pruebas, por favor, y sumérjalo.

— ¿Vas a meter el coche en el agua? —preguntó Jan.

—Sí... No tengas miedo.

—Prefiero salir, si no te importa —contestó Jan.

Wanda sonrió y abrió las portezuelas, saliendo y diciendo a la encargada:

—Que lo lleve un empleado, Carlota. Nosotros esperaremos aquí. Enseñaré a Jan todo esto.

Carlota extrajo una cajita del bolsillo posterior de su buzo y habló ante una rejilla, diciendo:

—Vehículo anfibio y volante, de la doctora Nhill al tanque submarino, por favor. Revisión de la junta del comportamiento de ruedas.

—Entendido, Carlota —contestó una voz, que surgió de la pequeña cajita.

La empleada se volvió entonces a Jan.

— ¿Quiere que le explique cómo funciona?

—Sí, gracias.

—Aquí atendemos a todos los viajeros de la auto-ruta Olimpia-Fermex. Todo lo que pueda necesitar un vehículo o sus ocupantes, lo encontrarán aquí, sea interior o exterior, o sea, de Olimpia o de cualquier parte del mundo o del Sistema. Tenemos oficina de información. Allí, Alberto Keel le explicará todo lo que desee saber. De la recepción de vehículos nos encargamos nosotros. Somos seis, cuatro mujeres y dos hombres.

— ¿Se llevan todos bien?

— ¡Oh, sí! Todos somos buenos amigos... Eh, Verk, este bólido. Al tanque.

Un hombre de unos treinta años se acercó, subió al coche de Wanda, cerró las ventanillas y se lo llevó hacia una rampa que conducía al taller subterráneo.

Carlota acompañó a Jan y Wanda hacia el edificio principal, al que se entraba por una rampa móvil.

—Restaurante. El que come aquí ha de pagar un crédito, que le es descontado el año próximo por medio del Departamento de Pagos. Y esto es debido a la situación de clientes transeúntes. En cualquier restaurante de la ciudad, no pagaría usted nada. Solo tendría que dar su número.

—Es curioso. Vamos a tomar algo. Ignoro el tiempo que llevo sin probar bocado.

Cuando entraron en la gran sala de la estación de servicio, un hombre con uniforme oscuro, cubierto con una especie de casco plateado o yelmo, y que llevaba un arma al cinto, se les acercó rápidamente.

Saludó primero a Wanda y luego miró a Jan.

— ¿Jan Sharkot? —preguntó.

—Veo que me conoce todo el mundo.

— ¡Naturalmente! Ha sido usted espectáculo universal durante horas.

— ¿Eh?

—Ahora lo somos todos nosotros —explicó el agente de la Fuerza Legal —. Supongo que debe de haber doce mil millones de personas escuchándonos y viéndonos en este momento.

—No veo cámaras, ni...

—Nuestra televisión no necesita cámaras. Los operadores buscan la imagen allá donde quieren por medio de radiosondas —explicó Wanda—. Suponía que la humanidad quería saber de ti, pero no creí que fuésemos el espectáculo universal. Me pondré en contacto con el doctor Smithson o con el profesor Komlin. No me interesa tanta publicidad. Esto podría perjudicar mi labor.

—No se preocupe, señorita Nhill —habló el agente—. Procure usted rehuir a los ociosos. Si es preciso le daremos escolta.

—No, agente; no es eso. Se trata de una experiencia científica, cuyos resultados no ocultaremos. Pero las intromisiones de los curiosos nos pueden perjudicar:... Carlota, es conveniente que nos devuelvan el coche. Regresaremos al Centro de Investigación.

—Como guste, señorita Nhill —dijo Carlota, sin poder ocultar un gesto de contrariedad—. Me habría gustado invitar a Jan Sharkot. Termino mi trabajo dentro de una hora.

—Yo también lo siento —dijo Jan, intencionadamente.

CAPÍTULO IV

Jan no pudo ocultar su sorpresa cuando Wanda, accionando un botón, hizo descorrerse un rectángulo en el tablero de mandos, tras el que apareció una pequeña pantalla de televisión... ¡Donde Jan se vio a sí mismo sentado junto a Wanda!

Una voz de excelente timbre estaba diciendo, en «off»:

—...Doctora Nhill no le ha gustado esta retransmisión. Debemos comprenderlo y perdonárselo. Se cree con derecho a trabajar en silencio y sin testigos, cosa que no es cierto.

»Una experiencia de la importancia que nos ocupa, interesa a toda la Humanidad, y si una reunión del Gabinete Técnico no es un secreto, tampoco lo es la investigación de un ser procedente del pasado.

— ¡Hablan de mí! —exclamó Jan.

—Sí, te están viendo y oyendo. Y Jarker debe tener razón en lo que dice. Es un prohombre de la información mundial. No lo discuto. Sin embargo, como sé que me está oyendo, le voy a decir algo. Lo que el Gabinete Técnico acuerda, interesa a todo el mundo.

»Pero lo que el señor Jarker no quiere admitir es que, si científicos de dentro de mil años quisieran transpórtale a él a otro futuro, tal vez no se sienta muy complacido al saber que, hasta los «tlexmanos» pueden estar viéndole entonces y riéndose de sus orejas.

—Doctora Nhill —habló un hombre que apareció inmediatamente en la pantalla de televisión—, le ruego que no haga comparaciones. No creo que yo pueda impedir que científicos del futuro me trasladen a su época. Ni podré impedir que esos presuntos individuos citados por usted, se rían de mis orejas.

»Lo que sí entiendo, como lo entiende el Departamento de Información es que Jan Sharkot, y no usted, interesa al público. Por eso les estamos retrasmitiendo. En cuanto recibamos confirmación de que el encuentro de fútbol entre el Racing y el Orotawa interesa más que Jan Sharkot, dejaremos de retransmitirles.

—Gracias, señor Jarker. Espero que el mundo se interese más por ese encuentro de fútbol.

Diciendo esto, Wanda presionó el botón y la televisión se cerró.

— ¿Te das cuenta, Jan?

—Sí. Pero ¿cuándo voy a comer algo?

—Ahora mismo. Vamos a mi apartamento. No soy una experta en culinaria, pero dispongo de alimentos conservados energéticamente para un caso de apuro.

— ¿Vives muy lejos?

—En el distrito 48. Iremos por aire. En la ciudad es muy difícil conducir por las calles, a menos que se utilicen las vías rápidas de seguridad, totalmente electrónicas.

Al decir esto, Wanda presionó una serie de mandos del tablero. El aparato en que viajaban se detuvo en pocos segundos, giró hacia la derecha y se salió de la carretera, pasando entre los árboles. Un instante después, el vehículo se remontaba al aire a creciente velocidad, evolucionaba hasta situarse a una altura establecida, para luego dirigirse en línea recta hacia la gran urbe multiforme que se veía en la distancia.

Pronto Jan empezó a ver edificios de las más diversas formas, primero aislados, semiesféricos, como pequeños observatorios astronómicos sin telescopios, que, según supo, se orientaban constantemente hacia el sol, a gusto de sus moradores, y luego casas de otras formas, metálicas, al parecer, prefabricadas o de ladrillos, rodeadas de jardines.

A medida que se acercaban al centro de la populosa megápoli, los edificios se hacían más elevados, como enormes rascacielos de enormes bases y estructuras, cuyos aspectos pasmaron a Jan.

— ¿Quién vive en esos edificios?

—Diversidad de gentes. Aquel edificio de cristal es el Departamento de Industria, y el otro, el amarillo, es el Departamento de Justicia. Hay viviendas en todos ellos para el personal fijo del departamento.

— ¡Son edificios enormes! —exclamó Jan, boquiabierto.

—Como dato, puedo decirte que, en el Departamento de Justicia, viven cerca de veintidós mil personas y durante el día trabajan otras sesenta mil. Disponen de novecientas salidas. El subsuelo tiene ochenta plantas y la estructura, como ves, es de trescientos pisos.

— ¡Fantástico! ¿Quién ha construido esos edificios?

—Los hicieron hace veinte años, al instalarse en Olimpia la central rectora del mundo y su sistema.

— ¿Se entiende que esta es la capital del Universo?

—Sí —asintió Wanda, conduciendo su vehículo volador, ahora a marcha moderada, sobre los techos de las casas.

— ¿En qué región de hace cien años nos encontramos?

— ¿Te asombrarás si te digo que antiguamente esto fue el desierto del Sahara, en su región central, al sur de Libia?

—No, no me asombra nada —replicó Jan.

En aquel momento, Wanda hizo funcionar los retropulsores oscilantes de suspensión, y el vehículo empezó a descender suavemente sobre un tejado metálico y plano, en donde había una especie de hangar, capaz de albergar a diez aparatos como el de Wanda. Después habría de saber que en vez de

hangar se trataba de un montacargas para subir y bajar los vehículos desde el garaje subterráneo.

Al descender del coche volador, un empleado del edificio se les acercó, saliendo del hangar. Saludó a Wanda y miró con curiosidad a Jan.

—Todo el mundo está pendiente de usted, señor Sharkot. Yo diría que esta investigación es más importante que el descubrimiento de seres vivientes en Urano. Ya no interesan los acuerdos del Gabinete Técnico.

—Lo sé, Denn —habló Wanda, tristemente—. Y eso no facilita mi labor precisamente. Jan se está dando cuenta de la expectación y puede que sus reacciones no sean normales.

—No te preocupes por mí —dijo Jan—. Me hago cargo. Ahora sé lo que deben de sentir los ídolos de mi época cuando salen a que los vea el público.

Dentro del mismo hangar había un ascensor magnético que les llevó exactamente hasta el pequeño vestíbulo del apartamiento de Wanda, compuesto de tres estancias de regulares dimensiones, donde no parecía faltar de nada.

Había una reducida cocina auxiliar, una sala de estar, automáticamente transformable, y un dormitorio. Tocando pulsadores que parecían haber por todas partes, Wanda abría cajones, armarios, descorría pantallas de televisión, alacenas, frigoríficos, y todo cuanto pudiera necesitar.

Incluso hizo surgir una mesita del suelo, delante de una banqueta elastómera, muy ingeniosa y cómoda, donde invitó a Jan a sentarse. Luego, puso ante él una serie de pequeños platos metálicos que contenían, como si acabasen de salir de la más cosmopolita cocina, diversos manjares, exquisitamente sazonados.

Había carnes, pescados, huevos, frutas, etc., disfrazados bajo los más variados aspectos. Todo era extraño para Jan, incluso las variadas botellas de jugos y licores, pero su paladar había sido elegido con gusto y Jan no encontró nada desagradable.

Mientras «devoraba» él, Wanda se había sentado a su lado, mordisqueando lentamente.

La conversación giró en torno a los cambios sufridos por la cocina en aquellos cien años que les separaban.

—Todo lo compro hecho y lo tengo en conserva. Una máquina regeneradora mantiene los alimentos en perfectas condiciones durante el tiempo que quiera.

»Antes, los alimentos habían de pagarse. Nuevos técnicos de producción aconsejaron al Gabinete Técnico acordar que la alimentación, como principio básico de la existencia, fuese gratuita.

»Por eso, como la gente vive mucho en el exterior, se suele comer en los restaurantes automáticos. Allí se identifica uno por medio de su número de control y encarga su comida, que luego toma en mesitas individuales o colectivas.

—Habrá gente que ahorrará toda su paga.

—La ropa y el calzado se paga. Cada uno puede tener la que quiera. Se pagan los entretenimientos y los vicios.

— ¿Hay vicios todavía?

—No perjudiciales. No se puede ingerir alcohol, ni drogas, ni fumar. Tampoco se puede jugar, ni apostar...

— ¿Qué vicios se permiten?

Wanda sonrió.

—Muy pueriles, en comparación con el pasado. El comer con exceso es un vicio. Y hay quien se deleita gastándose el dinero en ingerir delicadezas y golosinas. Al final, sin duda, terminan en manos de los médicos.

»Otro vicio es la diversión. Existen infinidad de locales recreativos. Hay muchísima gente que asiste a esos lugares, después de su trabajo. La ficción y la aventura es un recreo que se paga—. Se consideran necesidades negativas y casi entran en el terreno cultural, al menos para sus realizadores.

»Es imposible evitar que el arte se extienda. No es vicio, a mi modo de ver, pero sí es un gasto. Y quien desee pintar en sus ratos de ocio debe pagarse los materiales.

—En mi época había personas dedicadas al amor —empezó a decir Jan.

—Ahora no existe eso —replicó Wanda—. El amor es una ley natural. No hay mujer que se sonroje porque un hombre le pida relaciones. Puede aceptar o rechazar, según le convenga. El individuo es libre de actuar en ese aspecto como mejor le plazca. Jamás, empero, ni una mujer violentará a un hombre, ni viceversa.

— ¿Y el matrimonio?

—Es un contrato entre dos para organizar una familia. También definido y legal.

— ¿Existe la separación matrimonial?

—Sí, naturalmente. En realidad, todos los matrimonios viven separados. Recuerda que los hijos se entregan a la educación a los cinco años. La separación matrimonial es debido a la higiene. Tanto la mujer como el hombre están obligados al trabajo y cada uno recibe su propia paga. Mientras que los hijos son menores de cinco años, la mayor responsabilidad recae en la madre.

— ¿Y el padre?

—La naturaleza le ha dotado de distinto privilegio. El Departamento de Pagos, en cambio, concede a la madre el sueldo de los hijos. Si el esposo se va y no regresa más, nada ocurre. Y si se encuentra con otra mujer a la vuelta de la esquina y se va con ella y forma otro hogar, tampoco tiene importancia.

—Entonces, ¿los hombres carecen de domicilio fijo? —preguntó Jan.

—No, nada de eso. Cada individuo dispone de un domicilio privado, de igual modo que tiene una profesión. Tanto el hombre como la mujer vive independientemente, hasta que deciden unirse en matrimonio. Pero si se quieren casar, nadie se lo impide. El domicilio no cuenta. A uno le conceden su vivienda al salir de los centros de enseñanza, al mismo tiempo que le dan

un puesto de trabajo.

»Eso es lo que cuenta. El domicilio es de por vida, el trabajo también. Esta casa en que estamos me la dieron a los diecinueve años, cuando cumplí mi servicio en la Fuerza Legal. Se la dieron a todos mis compañeros. Aquí hay ingenieros, médicos, arquitectos, navegantes, técnicos de mil materias distintas. Todos percibimos el mismo, salario, porque ninguno ha ascendido de categoría social. Pero, aunque así fuera, esta vivienda sería nuestra.

»Si yo percibiese más créditos, me compraría otra casita en las afueras y podría vivir aquí o allá, tener otro automóvil.

— ¿Y nadie tiene servicio doméstico?

—No. Nadie sirve a nadie en particular. Todos servimos a todos.

— ¿Qué servicio estás haciendo tú, Wanda?

—Investigación científica. Gracias a mi esfuerzo y al de millones de personas como yo, la humanidad sigue avanzando...

* * *

Telle Dodaire estaba sentado en una singular silla giratoria, reclinable, elástica y móvil. Era un individuo de unos cuarenta y seis años, delgado, ojos hundidos y brillantes, nariz ligeramente ganchuda y labios finos y húmedos.

Sus manos blancas se movieron sobre las hojas de plástico blanco que tenía sobre el tablero de su mesa. Luego, presionó el botón de un interfonovisor que tenía a un lado. En la pequeña pantalla apareció el semblante agraciado de una joven.

—Gret, haz pasar al Profesor Komlin.

—Sí, señor Dodaire.

El hombre extraño y solitario cerró la comunicación y, del pequeño tablero que tenía a su izquierda, presionó cuatro pulsadores, haciendo accionar los mecanismos electrónicos de otras tantas puertas, hasta que se descorrió la última, silenciosamente, apareciendo la figura sonriente y bien vestida del Profesor Komlin, que se acercó y estrechó la mano a Telle Dodaire.

— ¡Mi querido amigo...! —empezó a decir Komlin.

— ¿Cómo está usted, Komlin? Siéntese, por favor.

—Gracias. Es un honor para mí volver a verle, señor Dodaire... Me encuentro perfectamente y por entero a su servicio.

—Muy amable, Komlin.

Frente a la mesa, como un extraño globo elastómero, había surgido del suelo una masa roja, que Komlin moldeó con habilidad, hasta obtener un asiento cómodo.

—Ya tenemos a ese individuo aquí —habló Dodaire, secamente—. Hank Jarker tiene a todo el mundo pendiente de él.

—Exacto —admitió Komlin—. ¿No es eso lo que usted quería?

—Cierto. Eso es lo que yo quería. Todos los seres de la Nueva Era se encuentran maravillados ante el fenómeno. Fue una excelente idea la de utilizar a la doctora Nhill en esto. Su padre es un prestigioso científico de la

Universidad de Olimpia. Y el Laboratorio de Trasplantación Fisicológica ha actuado perfectamente.

—Todo está saliendo a la perfección, señor Dodaire.

—Sí. Por eso le he hecho venir. Quiero que asuma usted la responsabilidad del futuro Gabinete Científico. Dependerá solo de mí.

Komlin se agitó en su asiento por vez primera.

— ¿Y la Comisión del Departamento de Ciencias?

—No se preocupe de ellos. Pronto estará todo arreglado. Acabo de asumir el mando pleno y absoluto del Gabinete Técnico. Mis cinco compañeros han sido detenidos y conducidos al Departamento de Justicia, en donde se encuentra ya Kermes Billmoor.

»Disponemos, pues, de la fuerza suficiente para someter a todo el mundo. Hemos creado la distracción suficiente para que los medios informativos dejen, temporalmente, de meter las narices en nuestros asuntos de reforma.

»La Fuerza Legal está en nuestra manos. Vamos, pues, a destituir a todas las comisiones de Departamento. Lo demás vendrá solo. Llegado el momento, difundiremos la Proclama de Reforma y nadie podrá mover un dedo ni alzar la voz. He tomado medidas especiales.

— ¿Y si la Fuerza Legal se niega a obedecer?

—Hermes ha sondeado a los principales jefes. Todos quieren mayor seguridad. Al igual que yo, ha habido muchos hombres capaces que la ambición de los jóvenes ha obligado a renunciar a sus cargos. Yo no me dormí jamás en mi puesto. Hube de esforzarme, sin descanso, para llegar a director técnico de la ingeniería electrónica.

»Sin embargo, jóvenes de las últimas promociones lograron desplazarme. Por suerte, me rehíce y mi elección como miembro del Gabinete Técnico me ha salvado. Además, mi arma es enormemente eficaz, Komlin. Usted la ha podido observar de cerca.

—Sí —asintió Komlin, sintiendo un estremecimiento involuntario—. Es una razón de peso... Pero, ¿tendrá suficiente alcance como para inmovilizar la energía en todo el mundo?

—Durante unos minutos, sí. Y si alguien se rebela contra la Reforma, le dejaremos actuar y tomar fuerza. Les incitaremos a la unión y a la rebelión. Luego, cuando intenten atacarnos, los inmovilizaremos, les privaremos de energía y sus máquinas y armas se estrellarán.

»Eso está estudiado aquí, Komlin. Quiero que usted organice cuanto antes el Gabinete Técnico. Dos días le concedo. Para entonces, los más prestigiosos hombres de ciencia tienen que definirse... ¡O conmigo o contra mí! ¿Me entiende bien, Komlin?

—Perfectamente, señor Dodaire. Mis compañeros de estudios son lo suficiente inteligentes para comprender que con usted tendremos mejores laboratorios, sin fiscalización informativa y popular. Esta vuelta a la antigua república presidencialista será acogida con entusiasmo por muchos. ¡Hay excesiva igualdad!

CAPÍTULO V

Jan estaba tendido sobre el lecho que Wanda le había preparado en el saloncito. La luz estaba apagada. Era el único modo de que las radiosondas no pudieran difundir su imagen a todos los confines del universo.

Solo un débil reflejo llegaba hasta él a través de las ranuras de la persiana metálica de la ventana. La noche en Olimpia era silenciosa y extraña.

Antes de retirarse a descansar, Wanda Nhill se había dirigido a sus millones de invisibles espectadores, diciéndoles:

—Jan Sharkot está sujeto a sensaciones físicas. Se encuentra cansado y debe dormir. Buenas noches, pues, señor Jarker.

Wanda no había encendido la televisión y no pudo escuchar la réplica del famoso locutor internacional. Se despidió de Jan y se retiró a su propia alcoba, donde se desvistió y se tendió sobre el blando lecho.

Una pared metálica separaba a ambos jóvenes. Un mundo inmenso y distinto también les mantenía distantes uno del otro.

Jan tenía la sensación de haber nacido de nuevo en otra época diferente a la suya. Había comparado cuanto vio con lo que él conocía. Indudablemente, existía un enorme cambio.

Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad tenían los científicos como Wanda de realizar tan extraña experiencia? Con solo echar un vistazo a la historia, podían comparar. ¿Para qué utilizar el conejillo de indias que era él?

Pese al asombro de cuanto había visto y aprendido, Jan se decía que todo aquello no era necesario en absoluto, no tenía finalidad, a menos que el objetivo fuese demostrar a los millones de telespectadores lo que la ciencia de

la teletrasportación fisicológica era capaz de realizar.

Pese a ello, el interrogante persistía en la mente de Jan.

De repente, Jan se sobresaltó al escuchar un zumbido nuevo, que le hizo levantar la cabeza y mirar en derredor.

— ¡Wanda! —llamó—. ¿Qué es eso?

Ella no tardó en aparecer, abrochándose una preciosa prenda parecida al satén y saliendo de la puerta de su alcoba. Por un instante, su silueta quedó dibujada en el contraluz de la puerta. Luego, la luz del saloncito se encendió.

—Alguien llama —dijo Wanda, sin mirar a Jan, que se había incorporado.

— ¿A la puerta?

—No. El fonovisor —contestó ella, acercándose al aparato que había sobre una repisa y presionando un pulsador. Al iluminarse la pequeña pantalla, Wanda lanzó una exclamación—. ¡Oh, profesor Komlin! ¿Qué ocurre?

— ¡Eso pregunto yo, señorita Nhill! —exclamó la voz del profesor Komlin —. ¿Por qué no permite usted que Jan Sharkot sea visto por el público?

—Pero... ¡Jan ha estado sometido a fuertes tensiones! ¡Tenía que alimentarse y descansar! ¡Todo en torno a él es publicidad!

—Vivimos en la Nueva Era, señorita Nhill. Los departamentos informativos tienen empleados a todos sus técnicos para retransmitir todo lo relativo a Jan Sharkot. Eso es lo que quiere ahora el público y eso le debemos dar.

— ¡Jan Sharkot es de mi entera responsabilidad! —gritó la joven doctora molesta por aquella intromisión—. Yo tengo derecho a disfrutar de mi tiempo libre y él debe...

— ¡Usted no tiene tiempo libre, señorita Nhill! —exclamó Komlin, de mal talante—. Mientras el público quiera ver a Jan Sharkot, no tiene usted por que ocultarle. Se comprometió usted por escrito. O cumple usted su compromiso o deberá de intervenir la Fuerza Legal para hacérselos cumplir. Nada más. Apagar la luz en su apartamento, para que las radiosondas no puedan llegar hasta el hombre del pasado es una impertinencia de su parte.

La pantalla se apagó y Wanda quedó con la boca abierta, sin saber qué hacer ni qué decir.

— ¡No nos permiten ni descansar, Jan! —exclamó, volviéndose hacia su invitado.

— ¿Qué es lo que quieren de nosotros? —quiso saber Jan.

—Que duermas... ¡con la luz encendida, para que la curiosidad pública se recree contigo! —chilló Wanda, yendo hacia su alcoba y cerrando la puerta.

Jan se levantó entonces y miró en derredor. Sabía que, de nuevo, las cadenas de información televisiva del mundo entero estaban fijas en él, por medio de las invisibles ondas que podían escudriñarle incluso por dentro.

—Escuchen, amigos. El ensayo dura ya demasiado. Me han traído aquí contra mi voluntad. Me dejo estudiar con sus registros a distancias y les facilito voluntariamente mi mente para que la sometan a eso que llaman comparativismo mental... Pero yo necesito descansar. Ya basta, ¿saben?

»Ni la señorita Nhill ni yo somos de piedra. Tengo el cuerpo como si me hubiese peleado con un ejército. Váyanse a dormir y déjenme descansar. Mañana continuaré sirviéndoles de recreo. ¡Ya basta!

Terminando de decir esto, Jan fue hacia el muro y presionó el conmutador de la luz, apagándola, para dirigirse al lecho y tenderse de nuevo. No llegó a él.

Un estruendo enorme pareció invadir el apartamento.

La puerta que comunicaba con el exterior se abrió, inundándose todo de luz y apareciendo varios individuos de la Fuerza Legal armados con su pistolas paralizantes.

— ¡Eh! ¿Qué es esto? —preguntó Jan, volviéndose.

La puerta de la alcoba de Wanda también se abrió, apareciendo ella, demudada y furiosa.

— ¿Con qué derecho invaden ustedes mi domicilio particular? —gritó.

—Lo siento —contestó un oficial, avanzando hacia el centro del salón—. Estamos aquí a requerimiento del Departamento de Información. Se nos ha comunicado que debemos relevar a usted en el cuidado de Jan Sharkot. El público tiene derecho a observarle. Es la ley. Cualquier experiencia científica de interés general ha de ser divulgada mientras exista interés por ella.

— ¡Y yo tengo derecho a refugiarme en mi intimidad! —gritó Wanda.

—No. Lo siento. Usted debe acompañar a Jan Sharkot, estudiarle y mostrarle en lugares público o iluminados convenientemente. Eso se redactó en las obligaciones que aceptó usted al teletrasportar a Jan Sharkot.

En realidad Wanda no se había leído el detalle de las condiciones que le impusieron antes de permitirle realizar el experimento. La Fuerza Legal debía estar mejor informada que ella, porque el oficial se lo recordaba exactamente.

Antes de que pudiera responder, dos agentes la sujetaron de ambos brazos y se la llevaron, sacándola del apartamento. El oficial se encaró entonces con Jan, sonriendo y diciendo:

—Señor Sharkot, estoy autorizado para rogarle nos disculpe, en nombre de la comisión técnica del Departamento de Justicia, al cual pertenezco. Comprenda usted el enorme interés que tienen muchos millones de personas por conocerle y observarle en sus más insignificantes actos.

»La experiencia de su teletrasportación desde el pasado a nuestra época ha costado mucho esfuerzo y material. La sociedad ha contribuido con su trabajo, directa o indirectamente. Es la primera experiencia de este tipo que se realiza en la historia de la humanidad.

»Por ello, comprenda que el Departamento de Información y todas sus estaciones de divulgación estén interesados en que al público no se le oculte nada.

—Me parece razonable —admitió Jan—. Pero se me estaba ocurriendo algo que solo puede ocurrírsele a un hombre de mi época. Habrá personas interesadas en esta experiencia y habrá otras que tendrán interés en conocer otras noticias. Si todo se centra en mí, parte del público puede quedar

defraudado.

—Le aseguro a usted que no —contestó el oficial, sin dejar de sonreír—. Se lo voy a demostrar. Ahí está el televisor... Conéctalo, Jarvis.

Un agente de la Fuerza Legal conectó el televisor de Wanda. Inmediatamente apareció la escena del apartamento de Wanda. Allí estaba Jan, en el centro, y los agentes de la Fuerza Legal. La voz en «off» del locutor estaba diciendo:

—...Fuerza Legal para que Jan Sharkot pueda ser visto. La doctora Wanda Nhill habrá de responder de su actitud un tanto irreverente... Ahora vemos que el oficial de la Fuerza Legal ha conectado la televisión en el apartamento de la doctora Nhill. Sabemos, por tanto, que nos están escuchando. Por ello queremos hacer una entrevista a Jan Sharkot, para que nos informe sus primeras impresiones humanas. Ya sabemos que las experiencias científicas nos la facilitarán desde el Laboratorio de Trasplantación Fisiológica en cuanto se hayan revelado los primeros gráficos.

»Señor Sharkot, ¿me oye usted perfectamente?

Antes de que Jan pudiera replicar agriamente, como era su intención, en el altavoz del televisor se apagó la voz del locutor Jarker y se oyó otra voz que clamaba:

— ¡Ciudadanos del mundo, atención! ¡Se nos está engañando con la experiencia de Jan Sharkot! ¡Hay una conspiración en marcha, tendente a instaurar una república presidencialista que será en breve la tiranía de Telle Dodaire! ¡Conectad con la estación espacial «WDF-23» y se os informará del gran complot!

»¡Jan Sharkot debe de ser una trampa de los conspiradores para atraer vuestra atención general y apartar vuestro interés de lo que está ocurriendo en el Departamento de Justicia! ¡La Fuerza Legal se ha vendido al usurpador!

La pantalla se oscureció en aquel momento y la voz dejó de oírse.

El oficial de la Fuerza Legal se volvió a sus hombres, encañonándolos con su arma.

— ¡Me debéis obediencia absoluta! —exclamó.

Los dos agentes, dos muchachos jóvenes, se miraron, perplejos.

—No en caso de sedición, oficial —dijo uno.

El oficial no vaciló y disparó su arma. Un invisible rayo vibratorio alcanzó al que había hablado, haciéndole contraerse y luego caer de bruces al suelo.

El oficial retrocedió, tropezando con Jan, que estaba detrás de él.

— ¡No intentes nada, Jarvis! —gritó el oficial, al otro agente.

Fue Jan quien actuó, sin saber exactamente la causa, agarrando al oficial del cuello con un brazo y sujetándole la mano armada.

— ¡Quieto, hombre! ¡Puedo romperle el cuello, si me lo propongo! Es mejor que suelte ese aparato... Usted, Jarvis! vaya a traer a Wanda... Esto huele a conspiración y parece que yo he sido la pantalla... ¡Vamos, no se quede allí parado!

Jarvis ya no dudó. Dirigió una mirada a su compañero caído y luego dio

media vuelta, abandonando la estancia, mientras Jan, dominando al oficial y llevándole consigo, se dirigió hacia el muro y volvió a apagar la luz.

Luego, medio en tinieblas, arrebató el arma al oficial y la arrojó a un rincón.

—Usted se sentará aquí y no haga resistencia.

— ¡No puede usted oponerse a la Fuerza Legal!

— ¿No? ¿Por qué? Yo no soy de este tiempo. Ustedes no pueden hacerme ningún daño. Si yo muriera, por ejemplo, fuera de mi época, cambiarían ustedes los antecedentes históricos. Y eso, de cara a mi futuro, podía ser muy grave.

»Yo estoy viviendo en 1969. Puedo morir o puedo vivir, e incluso tomar parte en la historia de mi época, la cual puede modificar esta época.

— ¡Eso es imposible! —exclamó el oficial.

—No. Es muy posible. La doctora Nhill me advirtió sobre eso y sé lo que digo. Ella es una científico, mientras que usted no es más que un oficial, posiblemente vendido a la traición de un mundo que empezaba a admirar.

»No podía explicarme qué era lo que estaba haciendo yo aquí, como un cobaya expuesto a la curiosidad universal. Ahora lo he comprendido. Mientras que todos se fijaban en mí, alguien estaba socavando los cimientos de esta sociedad técnica. Es lógico pensar que la Fuerza Legal como único organismo armado sería el principal objetivo de los revolucionarios, en este caso equivocado el nombre, porque no creo que se intente mejorar el sistema social, sino hacerlo retroceder.

—Yo no hago más que cumplir órdenes de mis superiores técnicos —se disculpó el oficial.

—Apuesto a que le han ofrecido un ascenso, ¿verdad?

El oficial no respondió.

En aquel mismo instante, procedentes del ascensor magnético, salieron Wanda Nhill y los dos agentes que se la habían llevado, acompañados por Jarvis. Fue este quien encendió una luz de bolsillo.

—Señor Brill —habló uno de los agentes que se habían llevado a Wanda —, Jarvis nos ha dicho que volvamos.

— ¡El señor Brill ha paralizado a Lerk! —dijo Jarvis—. ¡La televisión ha difundido una llamada interferida, hablando de una sublevación contra el sistema! ¡Lerk intentó oponerse y el oficial Drill le disparó!

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Wanda.

* * *

El desconcierto reinaba en la calle. Mucha gente formaba corros por todas partes. Los coches de la Fuerza Legal pasaban raudos por el centro de las calzadas rápidas.

Jan, Wanda y los tres agentes salieron del edificio, dirigiéndose hacia el lugar donde tenían estacionado el coche de servicio. Inmediatamente, la gente les rodeó. Todos querían saber noticias.

— ¿Qué ocurre en el Departamento de Justicia? ¡La estación espacial «WDF-23» habla de una conspiración!

—No sabemos nada... ¡Abran paso! ¡No podemos decir nada!

— ¡Ella es la doctora Nhill! ¿Dónde están Jan Sharkot?

Jan iba vestido de oficial de la Fuerza Legal, se había cortado el cabello y llevaba unas gafas extrañas y oscuras, por esto nadie le reconoció.

Pese a la gente que invadía la acera, el grupo logró llegar al vehículo y subir en él. Jarvis, que tomó el volante, lo puso rápidamente en marcha, alejándose de aquellas inmediaciones.

— ¡Hemos de regresar inmediatamente al laboratorio! —apremió Wanda —. Confiemos en que nadie nos intercepte el paso.

— ¿Crees conveniente que el doctor Smithson me devuelva a mi época inmediatamente? —preguntó Jan, una vez más.

—Sí —respondió ella—; es absolutamente necesario. No sabemos lo que va a ocurrir. Las noticias son alarmantes. Si nos retrasamos y algo nos impide devolverte, puedes modificar el antecedente histórico y eso podría ser terrible.

— ¡Telle Dodaire no podrá adueñarse del poder! —habló Jarvis, a su vez —. Aunque lo logre en Olimpia, el resto del mundo le aplastará.

—Yo no entiendo nada todavía —dijo otro agente—. Hace tres meses que estoy en la Fuerza Legal.

— ¡Pues yo empiezo a entender! —dijo el tercero—. Hoy han traído a cinco detenidos secretos, cosa que nunca había sucedido, y los han incomunicado, aislándolos herméticamente. Creo que otros individuos importantes están retenidos en sus domicilios.

»Nosotros estamos obedeciendo órdenes que no comprendemos muy bien, lo que demuestra que, por encima de nosotros, algo anda mal. La información debía estar funcionando y divulgando estas cosas, sin embargo, todas las estaciones de noticias difundían solo escenas de Jan Sharkot y la doctora Wanda Nhill.

—La estación espacial «WDF-23» está en maños de Alker Hook, y todos sabemos que jamás se pierden una decisión tomada en la comisión del Departamento de Justicia. Es su especialidad. Ya habéis oído que ha denunciado a Kermes Billmoor como a un traidor. Y Billmoor no es nadie, sin sus compañeros de comisión.

El coche conducido por Jarvis estaba saliendo ya de la enorme ciudad. De pronto, ante ellos se encendió una enorme pantalla luminosa. Jarvis, medio cegado, frenó instintivamente, no pudiendo evitar que la propia inercia del vehículo le llevase hacia una rampa, colocada en el centro de la auto-ruta, la cual les llevó a una plataforma lateral, llena de coches de todas clases y numerosos agentes de la Fuerza Legal, que empuñaban armas vibratorias y paralizantes.

— ¡Nos han descubierto! —exclamó Wanda.

—Calle usted... ¡Agáchese! Yo hablaré —dijo el compañero de Jarvis, cuyo nombre era Anderlef.

Wanda se agachó y Jarvis, sin el control del coche, abrió las portezuelas. Fue Anderlef quien gritó:

— ¿Qué ocurre, oficial? Vamos en misión urgente al espaciódromo. ¿Por qué nos han desviado y retenido?

Entre el evidente desconcierto que reinaba en la plataforma, donde cientos de personas gritaban, el oficial al que se dirigió Anderlef, repuso:

—Nosotros también cumplimos órdenes. Nadie puede salir de Olimpia.

— ¡Nos han dicho que vayamos al espaciódromo e iremos, oficial! —gritó Jarvis.

—Bueno —el oficial pareció vacilar—. De acuerdo. Nadie me ha dicho nada de interceptar el paso a la Fuerza Legal. Adelante. Seguir en esa dirección y encontraréis camino libre.

—Gracias, oficial —replicó Jarvis, volviendo a cerrar las portezuelas del coche.

El oficial, extrayendo un comunicador de bolsillo, autorizó el paso del coche de la Fuerza Legal, y pronto, Jarvis estaba conduciendo por la autorruta Olimpia-Fermex, pasando de largo ante el desvío del espaciopuerto, para dirigirse hacia el Laboratorio de Trasplantación Fisicológico, donde Wanda se proponía devolver a Jan a su época antes de que la revuelta tuviera mayores proporciones.

Su única duda consistía en que, posiblemente, el doctor Henry Smithson, no se encontraría allí. Pero confiaba en que alguno de sus ayudantes pudiera manejar la cámara de inversión de tiempo. Ella conocía algunos principios básicos, pero no era una experta.

—Estoy muy agradecida por lo que habéis hecho. La humanidad os lo recompensará. Hombres como vosotros necesita la Fuerza Legal, incorruptibles, enérgicos y audaces —habló Wanda a Jarvis.

—Todo será que nos ejecuten o nos condenen por desobediencia.

— ¡No es desobediencia no ejecutar las órdenes de los traidores! —intervino Jan.

— ¿Y si los traidores consiguen hacerse con el mando? —preguntó Anderlef.

—Los que no hayan estado con ellos, serán declarados enemigos —terminó Jarvis.

Una sensación de angustia se apoderó de todos.

CAPÍTULO VI

En el laboratorio reinaba un notable desconcierto. El servicio de vigilancia nocturno, compuesto por seis hombres, se encontraba en el vestíbulo principal, discutiendo acaloradamente. No eran hombres de extraordinarios conocimientos, dado que su misión era solo la vigilancia del edificio durante la noche.

No había más personal técnico que la ayudante del director, una joven llamada Ana Valenta, la cual se encontraba trabajando en los controles de registro automático de la mente de Jan Sharkot.

Ana también acudió al vestíbulo, desconcertada, cuando llegó el coche de la Fuerza Local, en que viajaban Jan y Wanda.

— ¿Qué está sucediendo en la ciudad? —preguntó uno de los vigilantes nocturnos.

El agente Anderlef se encaró con ellos.

—No sabemos con exactitud qué ocurre, amigos. Pero la doctora Nhill necesita utilizar este laboratorio para devolver a Jan Sharkot a su época. Y para eso estamos aquí.

La llegada de Ana Valenta, saliendo del interior del edificio, aún causó más confusión. Aquella joven habló primero con Wanda, queriendo obtener noticias. Luego, dijo:

—Lo siento. El doctor Smithson no está aquí. He intentado comunicarme con el director, pero las líneas no funcionan. No sé qué hacer.

—Intentaremos hacer funcionar la cámara de trasplantación —dijo Wanda—. Tengo algunos conocimientos.

—Es preciso ser un experto, como el doctor Smithson —contestó Ana—. Un error puede producir un desastre.

—En esas condiciones, prefiero quedarme aquí —intervino Jan, que se había quitado el casco y las gafas—. No quiero que me enviéis a otra época que no sea la mía.

— ¿Y no podemos traer al doctor Smithson? —preguntó Jarvis, mirando a sus dos compañeros, Anderlef y Meltan.

— ¿Dónde vive el doctor Smithson?

—En el edificio rosa, del distrito 60 —informó Ana Valenta.

—Iremos tú y yo, Meltan —dijo Anderlef.

— ¿Por qué no van volando? —preguntó Wanda.

Anderlef sacudió la cabeza.

—De noche está prohibido volar. Además, es posible que hayan conectado los circuitos de protección magnética sobre la ciudad. Al menos, eso habría hecho yo.

»Parece ser que los conjurados han tomado todas las medidas de seguridad. Tienen toda la Fuerza Legal en sus manos. Hermes Billmoor está controlando el Departamento de Justicia.

»Es mejor ir en coche. Podemos aducir que cumplimos una misión especial de Billmoor. En la confusión reinante, lograremos pasar, supongo. Mientras, ustedes aguarden aquí. Jarvis les protegerá.

Anderlef y Meltan salieron, tomando el coche y marchando en dirección a Olimpia, mientras que Ana era informada de todo lo que había ocurrido.

Jarvis, por su parte, dio instrucciones a los vigilantes nocturnos para que se mantuvieran atentos y le avisaran en cuanto sucediera algo. Luego, junto con Jarvis, Jan, Wanda y Ana se dirigieron hacia el interior del edificio.

Únicamente el despacho del director estaba cerrado, pero en la sala de descanso hallaron cuanto podían necesitar. Allí, Jarvis intentó conectar la televisión, a fin de obtener información, pero no tuvo éxito. Toda la red mundial informativa parecía haber quedado cortada.

— ¡Este es el fallo de nuestra sociedad! —exclamó Wanda, malhumorada—. Todo perfectamente organizado y, en un momento determinado, todo se hunde como castillo de naipes.

—En mi época estábamos acostumbrados a estas cosas. A mí no me sorprende.

—Estoy muy preocupada por ti, Jan. Yo intentaría, con mis conocimientos, devolverte...

—No, desecha esa idea. En primer lugar, yo no quiero regresar a mi época —dijo Jan, muy grave—. En segundo, están ocurriendo cosas muy serias, de las que me siento en parte responsable.

— ¡Tú no tienes la culpa de nada! —gritó Wanda.

—No, bien lo sabe Dios. Pero he sido utilizado para que esos traidores pudieran actuar libremente. Todo el mundo estaba pendiente de mí. De no haber sido así, sus manejos habrían sido descubierto e impedidos.

»De modo que estoy mezclado en esto. No puedo estar de acuerdo con sediciones, porque no es esa mi forma de ser. Los traidores han de ser capturados y castigados... Y es mi deber ayudar a los que lo sean.

— ¡Tú no puedes hacer nada, Jan!

— ¿Quién puede? ¡Alguien tiene que hacerlo!

—Mucho me temo que nadie podrá hacer nada —terminó Wanda, mirando a Jarvis y a Ana Valenta—. Telle Dodaire forma parte del Gabinete Técnico

de Coordinación. Si ha hecho detener a sus cinco compañeros y, al mismo tiempo, Hermes Billmoor está con él, nadie podrá hacer nada.

»Olimpia es la sede mundial. Aquí está la fuerza administrativa. En ninguna población del mundo o del Sistema Planetario harán nada sin consentimiento de los altos departamentos legales.

»Y algo me dice que todas las medidas han sido tomadas para que nadie pueda moverse. Si nosotros hemos logrado salir de la ciudad ha sido gracias a estos buenos agentes, que se han rebelado contra su propio jefe.

— ¡La Fuerza Legal puede rebelarse contra la dictadura de Hermes Billmoor! —exclamó Ana Valenta.

Jarvis pareció dudar.

—No lo creo —dijo—. Si nosotros hemos hecho esto es porque el oficial Brill no era nuestro jefe.

— ¿Qué ocurrió con su jefe, Jarvis?

—No se presentó al servicio esta tarde. Caso raro en él. Es un hombre justo, honrado y fiel.

—Por eso han debido de eliminarle —comentó Jan—. Cuando no se puede contar con alguien, se le detiene y se alega que está enfermo o indispuesto.

—Puede que tengas razón, Jan —admitió Jarvis—. Conozco al oficial Clerg y sé que habría preferido ser arrestado antes de prestarse a una traición.

—Para que el golpe de estado tenga efecto, los conjurados han de tener mucha fuerza o haber comprado a muchas conciencias —señaló Jan—. De encontrar una verdadera oposición, los rebeldes no tendrán éxito.

—Es preciso conocer bien nuestro sistema liberal —observó Wanda, tristemente—. Mientras que la humanidad conocía todo cuando se acordaba y decidía en las comisiones técnicas, todo iba bien. Había siempre mucha gente escuchando lo que se decía en tales reuniones.

»Pero han sabido aprovechar bien el momento...

—Quizá han sabido crear el momento —señaló Jan.

— ¡Eso es tanto como afirmar que yo sabía lo que iba a ocurrir! —protestó Wanda, mirando a Jan con ojos chispeantes.

—No he querido decir eso. Pero sí han debido autorizarte para crear el clima propicio.

— ¡Oh, el profesor Komlin! —exclamó Wanda, cayendo en la cuenta de algo que parecía haber olvidado—. Él me llamó esta noche, antes de irrumpir la Fuerza Legal. Quería que continuase exhibiéndote. Estaba muy enojado.

— ¡Puede que esté de parte de los conspiradores! Komlin fue quien presentó mi experiencia en el Departamento de Ciencias. Mi padre es de la comisión técnica.

* * *

Una de las veces que Jarvis intentó conectar la televisión se llevó una sorpresa enorme, al ver que la pantalla se iluminaba y aparecía el conocido semblante del locutor Jarker, que estaba diciendo:

— ¡...Completamente dominada y tranquila! ¡Las nuevas fuerzas legales, adictas al presidente Dodaire, controlan totalmente la situación en Olimpia! ¡Ciudadanos del mundo, viva el nuevo presidente Dodaire!

— ¡Canalla! —exclamó Jarvis—. ¡Esto costará ríos de sangre!

—Silencio —suplicó Wanda, que se había acercado a escuchar las noticias —. Oigamos lo que dicen.

Jarker, en la pantalla, continuó diciendo:

—Voy a transmitir de nuevo el primer comunicado oficial enviado desde el Palacio Presidencial. Presten atención. El comunicado dice así:

«Olimpia, septiembre de 2069. La Comisión del Gabinete Técnico, reunida en sesión extraordinaria, ha acordado por unanimidad, presentar su dimisión y aceptar, por acuerdo legal y de conciencia, el nombramiento de Telle Dodaire como nuevo jefe presidencial del estado mundial, que se constituye en este momento con la nueva legislación.

»Queda instaurado, pues, el régimen de República Reformadora, bajo la presidencia del muy ilustre doctor en ingeniería, Telle Dodaire, y el Gabinete Republicano estará compuesto por los siguientes señores:

»Ilustre doctor en ciencias jurídicas, Kermes Billmoor, Ministro del Interior y Fuerza Pública.

»Ilustre doctor en ciencias físico-naturales, Karl Komlin, Ministro de Ciencias.

«Ilustre doctor en ingeniería industrial, Greg Halbert, Ministro del Trabajo y la Industria.

«Ilustre doctor en medicina, Rud Kramer, Ministro de Sanidad.

«Ilustre doctor en periodismo, Benjamín Jarker, Ministro de Información.

— ¡Qué cínico! —exclamó Ana Valenta—. ¡Es él mismo!

—Por lo visto, esta proclama no ha querido cedérsela a nadie ese traidor.

— ¡Busquemos la estación espacial «WDF-23»! —sugirió Jarvis—. Quizá nos den alguna noticia alentadora.

La propia Wanda desconectó el circuito y buscó la estación aludida por Jarvis en el selector. Cuando llegó al canal ansiado, la pantalla no se iluminó.

— ¡Han debido de eliminarla! —declaró Ana.

—Este es el fin. Creo que la traición se ha consumado —declaró Wanda—. Ahora está todo perfectamente claro. Telle Dodaire se ha hecho con el poder absoluto y ha nombrado un gabinete ministerial de lacayos a su servicio. No tenemos más remedio que someternos, acatarles o humillarnos. De lo contrario, pagaremos las consecuencias.

—Ahora dictarán nuevas leyes y todo el sistema creado se hundirá, dominado por sus manos ambiciosas —apoyó Jarvis, tristemente.

— ¿Y no lucharéis? —preguntó Jan, encendido.

— ¿Luchar? ¿Cómo? Lo primero que han hecho ha sido controlar la fuerza pública.

—Eso no es cierto —contestó Jan—. Aquí tenemos a un representante de

la Fuerza Legal que no está de acuerdo con el golpe de estado.

— ¿Y qué significo yo? —preguntó Jarvis, con acento de impotencia.

—Deben existir muchos hombres honrados como usted, Jarvis.

—Todos estarán amordazados ya. Y mi deber es presentarme a mis superiores o seré detenido y encarcelado. Yo he pretendido ignorar las órdenes y ayudar a la doctora Nhill. Pero ya es demasiado tarde. Si controlan los medios de información y la Fuerza Legal, no hay nada que hacer.

— ¡Sí que se puede nacer algo! —exclamó Jan, enardecido—. Wanda me contó lo que ocurrió en Centroeuropa hace ochenta años. Las tropas se volvieron contra los que mandaban. Así se inició la gran reforma que os ha llevado a disfrutar de una sociedad técnica inigualable. ¿Vais a dejar que se pierda todo el esfuerzo de vuestros padres y abuelos, por la ambición de unos hombres sin conciencia?

— ¿Y qué podemos hacer? — preguntó Ana Valenta.

— ¡Luchar como hicieron aquellos hombres y mujeres! ¡Deben existir muchas personas que no estén de acuerdo con caer en la dictadura presidencial de ese Dodaire! ¡Uníos a ellos y luchar!

Ninguno de los que escuchaban a Jan se movió ni levantó su abatida cabeza.

—La sangre inundará las calles... Volveremos a la época del caos y de la muerte —musitó Wanda—. ¿Y cómo agrupar a los honrados y justos? ¿Con qué contamos para enfrentarnos a la Fuerza Legal que controla Billmoor?

—Se buscan armas y manos para empuñarlas. La razón y la justicia está de vuestra parte —insistió Jan, enérgico.

Jarvis estaba a punto de contestar con el mismo ardor que Jan, cuando se llevó la mano al bolsillo posterior, de donde sacó su control de comunicación, abriéndolo.

—Aquí Jarvis. ¿Qué ocurre?

Una voz desconocida habló, apremiante.

—Jarvis, soy el oficial Clerg. Necesito reunir el grupo inmediatamente. Me tenían detenido en mi residencia, pero he logrado convencer a mis captores. Ahora están conmigo. ¿Te has enterado de las noticias?

— ¡Sí, señor; y estoy con usted hasta la muerte! —exclamó Jarvis.

—Gracias. ¿Dónde están los demás?

—Solo podemos contar con Meltan y Anderlef. Han ido, precisamente, a la ciudad a realizar un servicio importante.

— ¡No digas nada, Jarvis! ¡Pueden estar escuchándonos! ¿Recuerdas el último lugar donde estuvimos el jueves pasado?

—Sí, señor.

—Solo lo sabemos nosotros. Hay que encontrarse allí lo antes posible.

—Sí, señor. Puede llamar a Anderlef y Meltan.

—Lo haré. Es preciso actuar antes de que sea demasiado tarde. Si tienes alguien en quien confiar y que esté dispuesto a dar su vida por la causa de la libertad y la justicia, tráetelo.

—Sí, oficial Clerg.

Jarvis cerró su control de comunicación. Su rostro había adquirido de pronto un extraordinario vigor.

—Ya tenemos algo. Hay quién está dispuesto a luchar por la justicia. Espero que se nos unan más. Si en Olimpia señalamos el camino, las demás poblaciones del mundo nos seguirán.

— ¡Hay que formar las guerrillas! —exclamó Jan Sharkot, entusiasmado también.

De pronto, Jan se dio un golpe en la frente y miró a Wanda.

— ¡Ya lo tengo, Wanda! ¡He dado con la solución ideal!

— ¿Qué solución?

— ¡Podemos traer soldados de mi época, tropas adiestradas en la lucha! ¡Del mismo modo que me habéis traído a mí, es posible traer unos millares de soldados!

Wanda quedó anonadada.

— ¿Traer hombres de su época, señor Sharkot? —exclamó Ana.

—Sí. ¿Qué inconveniente existe?

—Pues... No lo sé... Eso no está permitido.

— ¡Deja a un lado lo que está permitido o no! —gritó Jan, agarrando a Jarvis del brazo—. Vaya y póngase en contacto con su jefe, Jarvis. Es preciso traer aquí al doctor Smithson cuanto antes.

—Nosotras podemos hacer funcionar la cámara de trasplantación —dijo Ana Valenta—. Las posiciones de tiempo están fijadas todavía. Buscaremos en las pantallas del pasado a las personas que puedan ser traídas.

— ¡Soldados del Vietnam! —exclamó Jan—. ¡Esos son los que necesitamos! ¿Cuántos hombres se pueden traer?

—Todos los que... ¡Pero es una locura! ¡Vamos a crear una situación disparatada!

— ¡Rechaza los antecedentes históricos! —exclamó Jan—. Yo estoy aquí, en carne y hueso. Puedo empuñar un arma y defender el futuro. Por lo tanto también lo pueden hacer esos soldados norteamericanos que, cronológicamente, ya no existen.

—Háganlo —dijo Jarvis secamente.

—No sé si podremos —empezó a decir Wanda, indecisa.

— ¡Hay que intentarlo!

—El inconveniente va a ser que las armas de esos soldados serán anticuadas para luchar contra la fuerza pública de Billmoor —observó Jan—. Sin embargo, veremos lo que ocurre. Vamos inmediatamente hacia la cámara.

Jarvis se marchó, dispuesto a llegar a Olimpia en el vehículo de Ana Valenta. Al salir dio órdenes a los vigilantes de no dejar entrar a nadie, ni siquiera a los miembros de la Fuerza Legal.

—Pero no podemos hacer eso —protestó un vigilante nocturno.

— ¡Es una orden! ¡Aquí solo pueden entrar los partidarios de la justicia!

Mientras, Wanda, Ana y Jan llegaron al laboratorio de trasplantación

fisicológica, donde Wanda conectó varias de las pantallas cuatridimensionales de tiempo.

—Primero hemos de localizar al individuo que es preciso traer. Las ondas nos lo revelarán y los indicadores nos mostrarán la fecha y el lugar.

—Actualmente, en mi época, existe una guerra en Asia. De allí podemos sustraer algunos millares de hombres. ¿Es posible traer grupos o ha de ser de individuo en individuo?

—Yo preferiría que fuese el doctor Smithson quien realizase este trabajo —comentó Wanda—. Pero en teoría es posible traer tantos hombres como permite la capacidad de la cámara.

—Y allí caben perfectamente seis u ocho individuos.

—Las armas que empuñen, ¿vendrán con ellos?

—Todo lo que lleven consigo o tengan en sus manos en el momento de la trasplantación —informó Wanda.

—Perfectamente. Yo diré qué hombres nos convienen... ¿Ya está eso?

—Sí... Este es tu mundo, en tu época.

En la pantalla, Jan vio una panorámica del mismo puente sobre el río Tigris, donde los coches estaban, al parecer inmovilizados. Vio numerosas personas, en posición estática.

— ¿Qué es eso? ¡Ahí estaba yo!

—El doctor Smithson dejó fijada la posición y el momento exacto de tu trasplantación, para poder devolverte a ella sin contratiempos. Ahora deberías introducirte en la cámara y por el sistema de regresión, volverías a tu tiempo y espacio.

—Bórralo, Wanda. Olvídate ahora de mi regreso. Busca tropas norteamericanas en el escenario de la lucha.

— ¿Asia? —preguntó Ana, desde un control de localización.

—Sí... Asia... Vietnam... Si eso es Roma, debe estar al este, a diez mil millas.

Al accionar los mandos, la imagen del puente se borró de la pantalla.

Luego, al aclararse, pudieron ver la jungla, humo, fuego... ¡Y soldados norteamericanos corriendo y disparando hacia las malezas!

— ¡Esos son! —exclamó Jan, excitadísimo.

CAPÍTULO VII

— ¡Maldición, Jackie; nos han liquidado! —exclamó un soldado norteamericano, mirando a sus atónitos compañeros, dentro de la cámara transparente de trasplantación.

— ¿Estamos muertos, Glen? —preguntó otro, apenas sin voz.

— ¿Qué, si no? ¿Sabes dónde estamos? Esto no es la jungla...

—No, ¡cuernos! —añadió otro, que lucía en sus desgarradas mangas los galopes de sargento y empuñaba un fusil automático «M-16», a la vez que se quitaba el deteriorado y abollado casco—. ¡Esto no es la jungla!

No pudieron seguir hablando. La cámara se elevó y en el mismo instante se descorrió la puerta, apareciendo Jan, seguido de Wanda y Ana.

— ¡Atiza, sargento Bradley! —gritó otro—. ¡Vaya un recibimiento!

Jan se acercó sonriente y tendió la mano al soldado yanqui que tenía más cerca.

—Bienvenidos al futuro, soldados. Mi nombre es Jan Sharkot, soy sueco y pertenezco a vuestro tiempo. Estas son las doctoras Wanda Nhill y Ana Valenta. Gracias a ellas habéis atravesado la barrera del tiempo y os encontráis en la ciudad de Olimpia, en el año 2069.

— ¿Eeeeh? —exclamó el sargento Bradley—. ¿Qué broma es esta?

—No se trata de ninguna broma. Les hemos traído aquí porque los necesitamos para sofocar una rebelión —siguió diciendo Jan.

—Vamos, chico. Cuéntame otro chiste. Ese no me gusta —habló un soldado barbudo, desnudo de cintura para arriba, cuyo barboquejo del casco le colgaba sobre el cicatrizado rostro—. ¿Qué truco es este? ¡Me habláis claro o empiezo a disparar!

El soldado Hill llevaba un ametrallador de fabricación soviética, tipo moderno, capaz de disparar cien proyectiles en unos minutos. Era un arma terrible que había quitado a un miembro del Vietcong muerto en combate.

—Es mejor que vengan con nosotros. Cuando vean el laboratorio se convencerán.

Pese a la sorpresa, los americanos aceptaron la sugerencia de Wanda, cuya figura parecía fascinarles.

—Por favor, no toquen nada —suplicó Ana Valenta.

Salieron al laboratorio y lo que allí vieron les dejó a todos estupefactos.

— ¿Qué es todo esto? ¡Jamás había visto nada igual!

Jan y Wanda se esforzaron en hacer comprender a sus invitados lo que estaba, ocurriendo, mientras Ana Valenta preparaba los mandos de

trasplantación para recoger a otro grupo de soldados. Cuando la pantalla enfocó una especie de zanja, en donde se agazapaban ocho hombres, sobre los que parecía temblar el terreno, debido a los estallidos de los morteros, el sargento Bradley gritó:

— ¡Ahí está el cabo Brown! ¡Miradle!

— ¡Sí! —añadió el soldado Hill, acercándose a la pantalla—. ¡Están cercados!

—Nosotros podemos sacarles de ahí y traerles a esta época —dijo Wanda.

— ¡Pues hágalo usted cuanto antes, de lo contrario van a morir todos de un momento a otro!

Wanda y Ana se pusieron a manejar controles, y, de súbito, los ocho hombres desaparecieron de la pantalla, la cual quedó mostrando el torturado paisaje, la zanja... ¡Y la terrible explosión que se produjo unos instantes después de haber desaparecido los soldados norteamericanos!

— ¿Dónde están? —preguntó el sargento Bradley, encarándose con Jan.

—Deben de estar en la cámara de materialización, de la que han salido, ustedes.

— ¡Ya están aquí! —exclamó Ana, llena de júbilo.

Fueron todos hacia la cámara, abriéndose la puerta, y, efectivamente, mientras la cámara transparente ascendía hacia el techo, un grupo de ocho soldados, empuñando casi todos sus armas, estaban allí, mirándose y mirando en derredor, víctimas del más expresivo asombro.

— ¡Eh, Brown! ¿Creíste que no me pagarías los cien dólares? —gritó el sargento Bradley, yendo hacia ellos.

— ¡Sargento! ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Que me despellejen si lo sé. Lo que sí creo saber es que si no os sacan del agujero en donde estabais metidos, ahora no estaríais vivos.

—Pero, ¿estamos vivos?

— ¡Pellízcate, Lemon! —gritó el soldado Hill.

El llamado Lemon se pellizcó el brazo y emitió un grito.

— ¡Duele, pestes!

—Estás vivo.

—Pero ¿dónde? ¡Canastos, qué chicas! Son chicas, ¿verdad?

Ana sonrió y respondió:

—Mujeres civilizadas, diría yo.

— ¡Civilizadas o no, me da igual! ¿Estás libre esta noche, preciosa?

—Calma, soldados. Se os ha traído aquí para que cumpláis una misión importante. Luego volveréis a donde estabais y al mismo momento en que se os sacó de allí.

— ¡Eh, alto! —gritó Bradley—. Eso será si queremos, ¿no? Si Brown vuelve a donde estaba, quedará fulminado.

Jan no supo qué contestar. Pero Ana Valenta intervino, diciendo:

—Estudiaremos su situación más tarde, soldados. Si nos ayudan y logramos solucionar el problema, nosotros nos veremos obligados a

devolverles el favor. Puede que, sin modificar ningún antecedente histórico, sea posible devolverles unos segundos después de haberse producido la explosión. En ese caso, no morirán. Todo esto es demasiado complejo aún para nosotros. Son experiencias que iniciamos con Jan Sharkot, pero que las circunstancias nos han obligado a ampliar con ustedes.

— ¿Qué problema tiene aquí? —preguntó el cabo Brown, frotándose el rostro con el dorso.

Fue preciso repetir una vez más, para los recién llegados, parte de la historia, la cual escucharon todos con sumo interés, incrédulamente, sin embargo, pero en silencio.

Por su parte, Jan ampliaba datos al sargento Bradley en la sala de recepción, donde el suboficial había quedado maravillado.

—Desde luego, Jan —declaró Bradley—, me parece que te ayudaremos. Esta causa me parece mucho más justa que la del Vietnam. Allá estamos matándonos por nada concreto y los muchachos están hartos. ¿Cuántos soldados vais a traer?

—Todos los que podamos. Creo que solo disponemos de energía para mil o dos mil.

— ¿Y esos rebeldes, cuántos son?

—Muchos cientos de miles.

— ¡Caramba, salimos de la sartén para caer en las brasas! ¿Y llevan armas mo... de ahora?

Jan asintió.

—Nos asesinarán. Ni siquiera tenemos repuesto para estas armas.

—Podemos traer también municiones. Se lo diré a Wanda.

—Son guapas esas chicas. Merecen que nos matemos por ellas... ¡Voto a cien millones de «viets» que yo no me echo atrás! Ya que estoy aquí quiero echar un vistazo al futuro. Somos los primeros, ¿eh?

—Sí —contestó Jan, sonriendo.

* * *

En pocas horas, Wanda y Ana habían logrado reunir a casi un cuerpo de ejército. Trajeron oficiales, y hasta un coronel de aviación, llamado Garrick, que pronto empezó a dar órdenes, como mayor autoridad entre la tropa, disponiendo, en primer lugar, la vigilancia del laboratorio en un círculo de varios kilómetros a la redonda.

Se organizó aquella fuerza sustraída de los campos de batalla del Vietnam. No todos eran norteamericanos. Había también algunos vietnamitas, más asombrados que sus compañeros de lucha... ¡Y lo asombroso para ellos era que, por vez primera, podían entenderse perfectamente con los yanquis, en una lengua que no era ni vietnamita ni inglesa!

Al fin, Wanda y Ana dejaron de traer soldados, porque los indicadores de control empezaban a debilitarse. En total, había trasplantado mil quinientos hombres y mayor número de armas, porque algunos de los soldados llevaban

consigo pistolas, metralletas y fusiles. Otros, los menos, venían desarmados, por haberse desprendido de sus armas accidentalmente en el momento de la trasplantación.

Pero el coronel Garrick y sus oficiales —todos de diferentes unidades— solucionaron aquellos problemas, repartiendo las armas y dando homogeneidad a sus fuerzas.

Antes del amanecer, ya habían formado una especie de estado mayor, del que formaban parte Wanda, Jan y Ana, y se estaba estudiando la situación.

—Si atacamos en masa la ciudad, las fuerzas enemigas nos paralizarán —explicó Jan—. Yo he visto Olimpia y tocamos a dos soldados por cada millar de habitantes. En cambio, la guerrilla puede dar resultado.

»El enemigo va vestido como yo. Este es su uniforme. Hay que eliminarle antes de que pueda empuñar sus armas paralizantes. Esas armas son necesarias para conseguir éxito en la lucha.

»De todas formas, es posible que podamos contar con amigos de la Fuerza Legal, que conocen nuestros planes. Y me extraña que Jarvis y sus amigos no hayan venido ya.

—Temo que hayan sido arrestados —declaró Wanda—. De lo contrario, ya habrían vuelto.

Como si las palabras de Wanda hubiesen producido el milagro, el sargento Bradley y un grupo de soldados llegaron en aquel momento a la sala de reuniones, dando escolta a ocho individuos uniformados de la Fuerza Legal, entre los que estaban Jarvis, Anderlef, Meltan y un oficial que parecía tan complacido como satisfecho, y que Bradley presentó como el oficial Clerg.

—Venían en un extraño coche negro —dijo Bradley—. Les rodeamos y nos dijeron que deseaban ver a Jan Sharkot y a la doctora Nhill. Dicen que son amigos y se han alegrado mucho al vernos.

—Sí, sargento. Gracias —meditó Jan, estrechando la mano a Clerg, a Jarvis, a Meltan y a Anderlef.

— ¿Cómo se pudieron reunir?

—El jueves pasado estuvimos juntos en un teatro —explicó el oficial Clerg—. Eso solo lo sabíamos nosotros. Por suerte, hay demasiado desconcierto en Olimpia y hemos podido movernos como si fuésemos adictos al nuevo estado del Presidente Dodaire.

»Les felicito por lo que han logrado aquí. Es lo más maravilloso que he visto nunca... ¡Hombres del pasado acudiendo a defender la causa de la justicia! ¿Qué ocurrirá si alguien sufre un accidente?

Wanda se encogió de hombros.

—Cuando ocurra, veremos. No podemos adelantar acontecimientos. Lo importante es que tenemos aquí un buen grupo de hombres armados y eso pronto se sabrá en el resto del mundo.

—Sí, es preciso sacarlos de aquí —dijo Clerg.

—Estos hombres están especializados en la lucha de guerrillas —habló Jan—. Se me ha ocurrido que si los llevamos a la ciudad y consiguen penetrar en

ella, dispersos por todas partes pueden causar mucho daño a las fuerzas rebeldes.

— ¡Perfecto! —exclamó Clerg—. Nosotros hemos utilizado una de las galerías de circulación subterránea, ya abandonada. Si aprovechamos el desconcierto que reina en Olimpia, cada grupo de acción puede reclutar numerosas personas adictas a la causa.

»Con un poco de oposición que creemos, será suficiente. En poco tiempo podemos ocupar una de las estaciones informativas de T.V, y difundir nuestras órdenes. Necesitamos apoyo público. Hay que hacer saber a la gente que luchamos por ellos y contra Telle Dodaire. No queremos tiranos ni dictadores.

Incluso el coronel Garrick parecía haberse contagiado de aquel entusiasmo.

— ¡Grupos de acción, sargento Bradley! ¡Esa es nuestra táctica! Seis u ocho de nuestros hombres, con un agente leal. A medida que vayamos obteniendo ayuda, emplearemos más gente. Hay que obtener armas. Ustedes se encargarán de enseñarnos el manejo de sus armas.

Pronto se acordó el plan de acción y se dieron las primeras órdenes, saliendo los primeros grupos con los escasos coches de que disponían.

Se asaltó la estación de servicio de la autorruta Olimpia-Fermex y se requisaron una docena de automóviles, con los que nuevos grupos pudieron partir hacia Olimpia, penetrando en las galerías subterráneas de circulación abandonadas.

Estos grupos debían actuar independientemente, en distintos lugares a la vez. Era preciso crear clima de rebelión. Sin embargo, las Fuerzas Legales también estaban alertas, y el primer choque se produjo en una plaza céntrica, donde volvieron a detonar las armas, con un siglo de retraso, contra pistolas paralizantes.

El grupo de soldados americanos quedó casi aniquilado, sin que hubiese muerto ninguno. Las descargas de la Fuerza Legal paralizaba simplemente. En cambio, algunos agentes de la Fuerza Legal quedaron muertos y heridos sobre la plaza, alcanzados por las armas convencionales, cuyo estruendo puso la nota extraña en el aire de Olimpia, despertado ya el pueblo en medio de la revuelta.

Los soldados americanos paralizados fueron recogidos, cargados en coches y conducidos al edificio amarillo en donde se encontraba el Departamento de Justicia, para ser reanimados e interrogados.

Pronto, gran número de Fuerzas Legales salía de Olimpia en dirección al Laboratorio de Trasplantación Fisicológico, donde se pensaba paralizar a todos los «intrusos» y luego ser detenidos.

Pero, pese a que los servicios de información, por medio de radiosondas, intentaba localizar a los «intrusos del pasado», estos parecían haberse confundido con el paisaje, utilizando perfectos camuflajes, y estaban dispersos por todo el área, entre el Laboratorio y la ciudad, y los ataques por sorpresa fueron numerosos.

Cuando los coches de la Fuerza Legal se detenían y descendían sus hombres, de entre los matorrales surgían disparos que abatían sistemáticamente a los agentes. Cuando era posible, los americanos se apoderaban de las armas paralizantes de sus enemigos. Los hombres de Clerg explicaban rápidamente al poseedor de un «vibrador paralizante» su manejo y los fusiles y metralletas eran abandonados.

Por su parte, el coronel Garrick, quien se había dado cuenta rápidamente de la situación, estaba actuando ya en pleno corazón de la ciudad, cambiando constantemente de refugio y dando órdenes a través de las radios de control que le habían facilitado los hombres de Clerg.

Al mismo tiempo, numerosas personas se unían a la lucha, la cual iba tomando un sangriento incremento por horas.

Jan Sharkot y Wanda se habían quedado en el Laboratorio, pero cuando supieron que iban a ser atacados por las tropas rebeldes, salieron de allí y se dirigieron hacia donde estaban los coches requisados. También querían intervenir en la lucha y ningún terreno mejor que el de la ciudad.

Sin embargo, no les habría de ser fácil llegar a ella.

—Volaremos hasta las inmediaciones de la ciudad, a baja altura —indicó Wanda.

—Lo que tú digas.

Fuerzas Legales, sin embargo, les avistaron a la ya clara luz del día y dispararon sus armas paralizantes contra el vehículo.

Wanda, que esperaba algo semejante, logró reducir la velocidad en el último instante y cuando se paró el motor, hacia el que iban dirigidas las descargas, hizo resbalar el aparato sobre las copas de los árboles.

Pese a esto, se magullaron fuertemente, quedando Wanda medio aturdida a consecuencias de la caída. Por su parte, Jan, casi ileso, rompió los cristales y consiguió sacar a Wanda del vehículo, sosteniéndola y llevándosela rápidamente de allí, antes de que llegaran las Fuerzas Legales a detenerles.

Por suerte, encontraron a un grupo de ocho hombres, soldados americanos conducidos por uno de los vigilantes nocturnos del Laboratorio, que les atendieron. El soldado Hill, brutal y arrojado, iba en el grupo. Reconoció a Jan y a Wanda y exclamó:

— ¿Por qué no damos un escarmiento a esos tipos, cuando lleguen en busca del aparato?

— ¿Por qué no? —repitió Jan—. Atender a Wanda. Venid conmigo cuatro de vosotros. Yo os llevaré hasta el lugar donde ha caído el vehículo.

Rápidamente, cuatro soldados siguieron a Jan quien ahora llevaba una pistola automática, porque el paralizador perteneciente al oficial Brill, cuyo uniforme vestía, se lo había entregado al coronel Garrick, para su propio uso y estudio.

Como Jan había previsto, pronto llegaron Fuerzas Legales al lugar donde había caído el vehículo alado. Y allí, ocultos entre las malezas, estaban Jan, Hill y otros tres más.

Nada más aparecer los agentes rebeldes y ponerse a tiro, las armas automáticas entraron en acción. Seis agentes cayeron heridos y muertos, mientras que otros cuatro se echaban al suelo, haciendo funcionar sus vibradores paralizantes.

Jan fue el primero en recibir la terrible descarga. Sintió que todo su cuerpo se estremecía. Un temblor insufrible sacudió sus brazos, sus piernas y su médula espinal, como una aniquiladora corriente eléctrica.

Se quedó inmóvil en tierra, sin poderse mover, agarrando fuertemente la pistola, pero no perdió el conocimiento. Veía y oía perfectamente, aunque su cerebro parecía haberse embotado.

Así, vio a Hill levantarse y arrojar una granada de mano, cuya explosión se produjo segundos después que Hill hubiese caído de costado, quedando también inmóvil en el suelo.

No escapó ninguno de los americanos. Los agentes de la Fuerza Legal, reducidos a dos, se acercaron entonces. Uno dijo al otro:

— ¡Este lleva uniforme como nosotros, Krot! Pero, ¿de dónde han salido estos otros?

—No lo sé, Bellman; no lo sé. Lo único que puedo decirte es que me siento aterrado ante lo que estamos haciendo. Formamos parte de la tropa que va a aplastar al pueblo... ¡Creo que la Nueva Era ha terminado!

—Estamos cumpliendo órdenes, Krot.

—Sí, nos han dado órdenes de disparar contra todo el que se oponga a la nueva Ley, a la Reforma... Es preciso que llevemos a estos individuos al Departamento de Justicia... ¡Pero me siento como un traidor y un canalla, Bellman!

—No me gusta que Hermes Billmoor sea el único jefe del Departamento. Hará lo que quiera y nadie podrá discutírselo. Ni siquiera sabremos qué acuerdos o decisiones toma el nuevo jefe de todo.

—Estos hombres, quienesquiera que sean, luchan contra eso... ¡Y lo mismo deberíamos hacer nosotros!

CAPÍTULO VIII

Krot y Bellman, los dos agentes de la Fuerza Legal supervivientes al choque entre Jan, Hill y los otros americanos, eran jóvenes responsables. Su conciencia se había despertado y la razón les hizo comprender la verdad.

Estaban luchando contra ellos mismos, contra su propia libertad, contra un sistema justo y legal.

—No, Bellman —habló Krot—; nosotros no podemos combatir al lado de Telle Dodaire y de Hermes Billmoor porque sabemos que son unos traidores. ¿Sabes quién es este hombre que lleva nuestro uniforme?

Como si la pregunta fuese una revelación, Bellman exclamó:

— ¡Es Jan Sharkot, el hombre que llegó del pasado!

—Exactamente. Y esos otros han debido de venir también de la misma época. Hemos estudiado historia y sabemos que esos uniformes y esas armas corresponden a soldados de hace cien años, antes de la Nueva Era. ¿Te das cuenta?

—Sí, sí.

—Precisamente, Jan Sharkot ha sido el hombre que ha mantenido el interés público mientras Telle Dodaire suplantaba a los miembros del Gabinete Técnico.

Jan, tendido en el suelo, inmóvil, escuchaba estas palabras y pensaba: «Estáis en lo cierto, amigos. Eso es lo que ha ocurrido. Por favor, ¿no hay forma de devolverme mi movilidad?»

Krot y Bellman no podían oírle. Continuaron hablando entre ellos.

— ¿Qué podemos hacer, Krot?

—Déjame pensar... Telle Dodaire posee un paralizador de energía, de su invención, capaz de anular la energía del mundo entero durante cierto tiempo. Se está instalando al norte de Olimpia, por si somos atacados por individuos procedentes de otras ciudades. He oído decir en el Departamento que se teme una reacción contra Dodaire en todo el mundo y se preparan para combatirla.

»Sin embargo, estos soldados y Jan Sharkot me hacen pensar algo muy importante.

— ¿Qué te hacen pensar?

— ¿Imaginas la cantidad de seres de otras épocas que pueden traer los del Laboratorio de Trasplantación Fisicológica?

—No lo sé. No entiendo de eso —contestó Bellman.

—Yo imagino que pueden echar mano a distintas épocas de la historia y traer a este momento centenares de millones de seres humanos.

— ¡Eso no puede ser!

— ¿Quién te ha dicho que no? ¡Ahí tienes la prueba! Primero Jan Sharkot y luego esos soldados armados. Parecen pertenecer a la época de la guerra del Vietnam. Pero antes hubo otras guerras. La Segunda Guerra mundial tuvo lugar entre 1939 y 1945. Fue entonces cuando se lanzaron las primeras bombas atómicas.

»¿Te das cuenta, Bellman? Esto ha sido cosa de la doctora Nhill, puedes estar seguro.

—Si lo que dices es cierto, Telle Dodaire está perdido. Si traen millones de soldados del pasado, ni el paralizador de energía de Dodaire podrá contenerlos... ¡Pero todo eso me parece un disparate monstruoso! ¡Estos hombres no existen!

— ¿Cómo que no existen? ¡Míralos y tócales, y verás que existen!

—Han debido morir hace muchos años.

—De acuerdo. Puede que alguno sea mi tatarabuelo, pero están aquí, emplean sus armas y han matado a Dermek, Vaanko, Grem y los otros. Sus armas funcionan, ellos actúan y viven exactamente igual que nosotros... ¿Es que no te das cuenta de que esto es mucho más importante que todo lo que pueda hacer Telle Dodaire?

—Oye, Krot, ¿qué eres tú?

—Aspiro a ser metafísico. Me he graduado en la Universidad de Fermex y cuando termine mi servicio en la Fuerza Legal, colaboraré en las ciencias parasicológicas. Ingresaré en la Facultad de Neurosicología Experimental.

— ¡Diablos, Krot! —exclamó Bellman—. Eres todo un tipo. Vas a percibir veinticinco mil créditos. Yo, en cambio, me conformaré con quince. Tengo un trabajo en la fábrica de material auxiliar electrónico, como operario.

—No te preocupes, Bellman. No por eso eres menos que yo —replicó Krot —. Lo importante aquí son estos hombres. Y yo, te lo digo en serio, me pongo decididamente de su parte. Ellos luchan por la Ley Universal y contra el Reformador.

— ¿Y las órdenes que nos han dado?

—No las cumplimos. En primer lugar, hay que ayudar a estos seres de otra época. No irán a las celdas del Departamento. Hay que ir a buscar un reanimador vibratorio. El oficial Sastaya posee uno en el coche. ¿Vas a buscarlo tú o voy yo?

—Iré yo mismo —contestó Bellman.

* * *

El reanimador vibratorio producía efectos contrarios en el organismo a los de un paralizador.

Bellman regresó corriendo con uno. Iba jadeando, aunque el aparato no pesaba ni seis kilos.

— ¿Qué ha dicho Sastaya? —preguntó Krot.

—Nada. No me ha visto.

—Mejor. Hazlo funcionar primero con Jan Sharkot.

Bellman apuntó el reanimador hacia Jan y una especie de lengüeta ígnea surgió del aparato. En tierra, inmóvil, Jan sintió un débil hormigueo por todo el cuerpo. Inmediatamente pudo moverse y hablar.

— ¡Gracias amigos! Lo he escuchado todo. Os estoy muy reconocido.

—Encantado de conocerle personalmente, señor Sharkot —dijo Krot,

sonriendo y estrechando la mano a Jan, a la vez que ayudaba a levantarle.

—Estáis en lo cierto —añadió Jan, ya de pie, mientras Bellman accionaba el reanimador sobre Hill y sus compañeros—. Podríamos traer millones de hombres de otras épocas y combatir a Telle Dodaire, pero no será necesario, si como supongo, todos los seres de este siglo pensáis como vosotros.

»Vuestra época está demasiado avanzada para que puedan aceptarse a los tiranos y caciques. La humanidad tiende a progresar y no a retroceder en su progreso.

— ¿Qué era usted en su época, Jan? Nadie lo ha dicho.

—Yo era un perfecto imbécil, amigo mío. Espero, sin embargo, cuando vuelva allá, cambiar.

— ¿Podrá hacerlo?

—No lo sé. Aunque no se pueda recordar todo esto, por pertenecer a una época que no nos corresponde, confío que mi subconsciente conserve alguna experiencia recóndita.

»Y ahora, dejémonos de divagaciones y regresemos a donde está la doctora Nhill y nuestros compañeros.

El soldado Hill abrazó a los dos agentes de la Fuerza Legal, atrayéndolos hacia su robusto pecho desnudo. Él también había escuchado la conversación y estaba complacido.

— ¡Sois unos chicos estupendos! Oye, Krot, ¿qué has dicho que eres cuando hablabas con este?

—Metafísico —contestó Krot.

— ¿Y eso qué es?

—Una ciencia actual que estudia los fenómenos incomprensibles y que están más allá de la física.

— ¡Demonios de chico! —barbotó Hill—. Eso debe de ser muy difícil, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí, porque todavía tengo mucho que aprender.

(Krot no aprendería nada más, porque unas horas después caería muerto en medio de una sangrienta lucha).

Regresaron todos al lugar donde esperaba Wanda, la cual estaba ya más reanimada.

—Hemos de entrar en la ciudad —propuso Jan—. Hay que establecer contacto con el coronel Garrick. Por Krot hemos sabido que Telle Dodaire dispone de una máquina diabólica capaz de paralizar la energía en todo el mundo. Posiblemente cuenta con ella para lograr sus fines. Pero nosotros, por todos los medios, hemos de impedir que la utilice.

No fue fácil llegar a Olimpia, aunque un grupo de soldados americanos se les unió. Luego, desde una casa, les dispararon rayos paralizantes, dejando a varios hombres insensibles. Los demás pudieron huir, atravesar la carretera y refugiarse en un jardín botánico.

Aquí fue Bellman quien les guio.

Poco después se les unieron más individuos jóvenes y animosos, que

gritaban contra el tirano.

Ya en las primeras calles metálicas de la ciudad, la Fuerza Legal les atacó, pretendiendo bloquearlos en una encrucijada. Fue allí donde las armas de los norteamericanos entraron en acción.

Y allí murió Krot, confundido por un soldado yanqui, quien disparó sobre él viéndole correr hacia las fuerzas atacantes.

Jan y Wanda se refugiaron en un edificio. Un matrimonio que tenían dos hijos de pocos años les dieron asilo, ocultándoles. Pero la Fuerza Legal no registró las casas. Se llevaron a los americanos paralizados y en pocos minutos solo quedó sobre el pavimento metálico las manchas de sangre de los que habían caído en la lucha.

Millares de personas se congregaban ya por todas partes. Las noticias corrían distorsionadas, aumentadas a proporciones inverosímiles. Se llegaba hasta decir que seres de otra galaxia, armados con fusiles automáticos, estaban invadiendo el mundo.

El matrimonio que dio asilo a Wanda y Jan era gente sencilla. Conocían a la famosa pareja por haberlos visto en las pantallas de televisión. Jan les hubo de explicar todo lo ocurrido, para que el esposo dijera:

— ¡Lucharemos todos contra Dodaire! ¡No queremos caciques! ¡La justicia ha de ser respetada!

Otros individuos del mismo inmueble se prestaron a servir de enlace entre Jan y las tropas que luchaban en la ciudad. Y las primeras noticias que trajeron no podían ser más alentadoras. Se estaba luchando en torno al Departamento de Justicia. Los soldados americanos habían descubierto un procedimiento que les defendía de las descargas paralizantes.

—Se protegen detrás de planchas de titanio que han conseguido en uno de los almacenes de la factoría de construcciones aéreas —explicó el informador.

— ¿Dónde está el Departamento de Justicia? —preguntó Jan a Wanda.

—No lejos de aquí. Si tuviéramos un coche llegaríamos en pocos minutos.

—En el garaje hay coches —explicó otro hombre—. Pero la Fuerza Legal apostada en las esquinas dispara contra todo vehículo que no se detiene.

—Podemos ir a pie... ¡Deberíamos organizar una gran manifestación de protesta! —sugirió otro.

Los ánimos estaban muy caldeados. Jan lo comprobó al salir a la calle donde se habían reunido millares de personas. Por ninguna parte se veía siquiera un agente de la Fuerza Legal.

Por ello, la aparición de Jan y Wanda causó una fuerte impresión.

— ¡Salid todos de vuestras casas! —gritó uno de los hombres que acompañaban a la pareja—. ¡Aquí están la doctora Wanda Nhill y el hombre que llegó del pasado, Jan Sharkot!

»Hemos de seguirlos hasta el fin. Ellos luchan contra la dictadura del traidor Dodaire. Hay que impedir que esos malvados se afiancen en el poder. Luchemos contra la Fuerza Legal que obedece órdenes del canalla Hermes Billmoor.

Esta arenga fue coreada por gritos de entusiasmo, y en pocos instantes, la gente se congregaba en el centro de la calle, caminando y rugiendo. Más personas se unieron. Salía de todas partes y se agregaban a la manifestación ululante y vocinglera.

— ¡Abajo Dodaire! ¡Muerte a los traidores! —se oía por doquier.

Era un rugido humano, pavoroso e inmenso, que parecía sacudir aquella inmensa población multimillonaria.

Jan estaba impresionado al verse en medio de tanta gente. De vez en cuando, se apoyaba en los que le rodeaban, para mirar atrás y adelante. Y el número de cabezas que veía invadían todo lo que abarcaba la vista, perdiéndose incluso en las anchas avenidas.

¡Había en torno a él varias docenas de millones de seres humanos!

El rugido que alzaban todas aquellas voces, clamando contra los traidores, era infraespeluznante, inmenso, epopéyico. Jan estaba como aturdido, sin saber de dónde habían podido salir tantas personas a la vez.

Y era que de otras calles laterales confluían riadas humanas hacia la arteria principal, por donde la multitud avanzaba pidiendo la cabeza de los traidores.

Hubo algunos conatos de oposición, muy débiles, por parte de la Fuerza Legal apostada en distintos lugares de la megápoli. E, incluso, algunas armas paralizantes actuaron contra la multitud, causando unos cientos de víctimas, que cayeron al suelo y fueron pisoteadas, trituradas por las gentes que venían detrás, rugiendo. Y los agentes de la Fuerza Legal, alcanzados por aquella masa increíble de hombres y mujeres, sucumbieron en medio de la multitud que lo engullía todo.

Wanda se había agarrado a Jan, para no separarse de él, avanzando siempre adelante, pero desviándose para poder salirse del sofocante encierro humano que los rodeaba.

De aquel modo pudieron llegar a una de las aceras, siendo arrastrados siempre adelante, hasta que, en el portal de un enorme edificio, vieron a un grupo de soldados norteamericanos, entre los que estaba el sargento Bradley y el agente Jarvis, quien llevaba ahora una chaqueta de soldado yanqui.

— ¡Eh, señor Sharkot! ¡Aquí! —gritó Jarvis.

Lo que hacían allí Bradley y sus hombres eran protegerse de la multitud. Habían estado luchando con suerte en varios lugares de la ciudad, y el comunicador de Jarvis, en contacto con el oficial Clerg, les había ordenado dirigirse hacia el Departamento de Justicia.

—Se está luchando allá —explicó Jarvis—. Pero la gente nos ha interceptado el paso.

—Es mejor dejarles pasar —añadió Bradley—. Contra todos esos no hay quien pueda.

—Indudablemente —asintió Jan, metiéndose en el vestíbulo del edificio, por temor a ser reconocido y arrastrado hacia el turbión de público.

— ¿Quién ha organizado esto? —preguntó Jarvis.

—Nuestros amigos —contestó Wanda—. Tuvimos un encuentro con la

Fuerza Legal y fue preciso buscar refugio en una vivienda matrimonial. Allí se empezó a formar eso... ¡Es espantoso!

—Los que sobrevivan a esa marcha recordarán siempre el horror de las multitudes apiñadas —observó Jarvis—. En el Departamento de Justicia se matarán entre sí al ver llegar la ola. Aquello será espantoso.

Así ocurrió, efectivamente. Los millones de manifestantes corrían ya, ávidos por escapar de la trampa humana en que ellos mismos se estaban metiendo. El que caía, empujado por sus seguidores, era pisoteado irremisiblemente, triturado por millares de pies frenéticos.

Todo el mundo parecía querer salir de entre el gentío. Y, sin embargo, cada vez se acumulaba más gente sobre la ancha calzada metálica de la avenida central.

La vanguardia de aquella masa llegaba ya hasta el edificio amarillo del Departamento de Justicia, donde las tropas del coronel Garrick habían atacado con valor, apoderándose de casi toda la planta baja y pugnando por ascender a los pisos superiores.

Cientos de hombres yacían muertos, heridos y paralizados sobre el piso... El caos era allí inmenso. Pero cuando la ola humana llegó y se mezcló con los combatientes, intentando escapar a la multitudinaria avalancha que le seguía, el desconcierto se hizo infinitamente mayor.

Mucha gente pudo escapar por otras calles, pasando de largo y esquivando el Departamento de Justicia. Pero otros vieron su propia salvación metiéndose en aquel lugar y el número fue tan inmenso que pronto invadieron todos los rincones, destrozando cuanto encontraban a su paso.

Ni siquiera fue posible al coronel Garrick dar órdenes a sus hombres. Estos terminaron mezclados con los defensores de la Fuerza Legal rebelde, entre la gente que llegaba por cientos de millares, enloquecidos todos de terror y espanto.

En uno de los pisos altos, Hermes Billmoor intentaba establecer contacto con su jefe y amigo, Telle Dodaire, pero el desconcierto que reinaba en la población era espantoso y las comunicaciones habían sido cortadas.

Sus más allegados colaboradores le apremiaban para que huyera en un vehículo volador de despegue vertical, con el fin de poder escapar también ellos.

— ¡No podemos salir de aquí! ¡Dodaire hará funcionar su paralizador de energía de un momento a otro! ¡Si nos sorprenden en el aire, nos estrellaremos!

— ¡Pero quedarse aquí es peor! ¡Eche un vistazo abajo!

—Esto es culpa de Dodaire. Me aseguró que nada ocurriría. Nosotros dominamos la Fuerza Legal... ¡Somos los más fuertes!

En aquel instante llegaron corriendo un buen número de agentes de la Fuerza Legal. Parecían endemoniados y furiosos contra su jefe. Todos eran oficiales.

— ¡Nos has engañado, Billmoor! —rugió uno—. ¡Vamos a ser maltratados

por la gente! ¡No le dejaremos escapar!

Allí mismo dispararon sobre él, paralizándole. Luego, con el inútil objetivo de calmar a la multitud vociferante, aquellos cobardes decidieron arrojar el cuerpo de Billmoor a la calle, desde ciento cincuenta pisos de altura.

Así lo hicieron y el cacique saltó al vacío, emprendiendo, consciente de lo que ocurría, pero sin poderse mover, el viaje a la eternidad en manos de los mismos que se habían confabulado con él para esclavizar al pueblo.

Poco después, muchos de aquellos oficiales traidores eran arrojados a su vez por las ventanas.

El pueblo tomó cumplida venganza de todos ellos, matando y destrozando cuanto hallaron en su camino. El Departamento de Justicia se había convertido en un lugar odioso y la gente se proponía acabar definitivamente con todo aquello, para que no fuese reorganizado jamás.

Y, cuando la manifestación se disolvió, en torno al enorme edificio amarillo solo quedaban cadáveres irreconocibles cubiertos con mantas, para que fuesen recogidos más tarde por los servicios de limpieza.

Aquel día murieron en Olimpia más de ciento noventa mil personas.

Era un balance altamente trágico y siniestro.

¿Y qué había sido de Telle Dodaire?

CAPÍTULO IX

Unas veinte millas al norte de Olimpia, había un complejo técnico y científico, conocido como la Escuela Superior de Investigaciones Científicas. Era como un polígono de varios kilómetros de extensión, rodeado de una alambrada electrificada, cuya entrada estaba vigilada por enormes carros blindados, relucientes y plateados.

En cada uno de estos carros había una dotación de más de sesenta hombres de la Fuerza Legal. Además, grupos de agentes patrullaban en torno a la

Escuela, tanto fuera como dentro de la alambrada.

Telle Dodaire se encontraba en el edificio principal, instalado en un enorme despacho, en compañía de Gret, su secretaria, y el Profesor Komlin.

Dodaire estaba ante la ventana, mirando hacia la explanada de la escuela, donde un enjambre de operarios colocaba la enorme antena helicocéntricas del paralizador de energía.

También allí, cientos de agentes de la Fuerza Legal, con armas largas y mortales, vigilaban a los operarios, por temor a sabotajes.

—No hay comunicación con Billmoor, señor presidente —habló Gret, muy seria.

— ¿Por qué se han interrumpido las comunicaciones? —gritó Dodaire, volviéndose, lívido el semblante.

—Parece que hay motines en la ciudad —replicó Gret.

— ¡Lo pagarán caro! —rugió Dodaire—. Komlin, vaya al control central y entérese de cómo van las cosas... ¡Es usted el Ministro de Ciencias, no lo olvide!

—Sí, señor presidente —contestó Komlin, nervioso, dando media vuelta y abandonando el despacho.

—Billmoor no puede fallarnos. Debe existir algún medio para comunicarnos con él.

—Están llegando informes por medio de comunicadores individuales, Telle —habló Gret.

— ¡No me llames así! ¡Llámame señor presidente!

—Sí, señor presidente... Los informes dicen que hay tropas extranjeras luchando contra la Fuerza Legal.

— ¿Qué tropas extranjeras son esas? ¿De dónde han venido? ¿Cómo? ¿Y la vigilancia de los puestos de control?

—Se han producido deserciones, señor presidente.

— ¡Malditos! ¡No debí confiar en Billmoor! ¡Ha sido un tremendo error!

Rugiendo de rabia, Dodaire fue a su mesa y presionó un botón.

— ¿Cómo va eso, Regent?

—Lento, señor presidente. Tengo la impresión de que todo el personal técnico está boicoteando el trabajo de la instalación.

— ¡Hágalos arrestar a todos!

— ¿Y cómo terminamos la instalación, señor presidente? —preguntó la voz del ingeniero Regent, a través del intercomunicador.

—Que el general Joek detenga a unos cuantos y los haga ejecutar en público. Los otros, si no quieren correr la misma suerte, se darán prisa.

—Sí, señor presidente —contestó la trémula voz de Regent.

Dodaire cerró la comunicación y presionó otro botón.

— ¿General Joek?

—Sí, señor presidente.

—Que sus hombres ejecuten a todo el que sea remiso en el trabajo. Es imprescindible que el paralizador de energía quede instalado antes del

mediodía. No tenga compasión de nadie. El que se rezague o boicotee eso, que sea detenido y ejecutado públicamente.

—Señor presidente, es una orden muy severa. Le ruego que la considere.

— ¡Es una orden, general Joek! ¡Si no la cumple usted, le relevo del mando!

El general Joek no contestó.

— ¿Me ha oído usted, Joek?

—Sí; sí, señor presidente. Le he oído. Daré las órdenes oportunas.

Dodaire cortó secamente la comunicación y se llevó las manos a la cabeza, desesperadamente.

— ¡Estoy rodeado de inútiles, Gret! ¡Si esa máquina no está dispuesta cuanto antes, será mi ruina! ¿Cómo iba a suponer yo que la gente es tan ciega? Voy a conceder honores a quien los merezca. Muchos de mis colaboradores van a obtener más beneficio del que ni siquiera han podido soñar... ¡Y mira lo que me dice Joek, al que he sacado de su oficina de nada y lo he convertido en general de mi guardia! ¡Dice que soy muy severo! ¿Se puede tolerar eso? ¡Le destituiré inmediatamente!

—En el Departamento de Ciencias hay problemas también, señor presidente —informó Gret, que estaba recibiendo un informe por «telemax»—. Un grupo de hombres de ciencia, entre los que está el profesor Nhill, declaran no colaborar con el nuevo estado.

— ¿Nhill? ¿No era de la comisión técnica del Departamento de Ciencias?

—Sí, padre de la doctora Nhill, la cual realizó la experiencia de trasplantación fisicológica...

— ¡Ah! Que Komlin se encargue de ellos. Veinte años de trabajo forzados, por desacato a la auto... ¿Soldados extranjeros me has dicho, Gret?

Dodaire parecía enloquecido. Tomó de nuevo el intercomunicador y llamó insistentemente a Regent.

— ¿Ha llegado Komlin ahí?

—Ahora mismo acaba de llegar.

—Que se ponga, pronto... ¿Komlin?

—Sí, señor presidente.

— ¿Puede traer soldados del pasado la máquina de trasplantación fisicológica?

—Pues... Sí, supongo que sí. Pero el doctor Smithson está aquí.

— ¡Alguien ha hecho funcionar la máquina y nos están trayendo soldados de otras épocas! ¡Hay que destruir inmediatamente esa máquina! ¡Que vayan fuerzas especiales al laboratorio de trasplantación y lo destruyan todo!

—Sí, señor.

— ¡Señor presidente, Komlin! —rugió Dodaire—. No se olvide usted de ello. Yo mismo daré la orden a Joek.

* * *

En aquel instante, más de cien vehículos de la fuerza pública se acercaban

a la escuela. Al mando de aquellas tropas iba el coronel Garrick, ataviado con su viejo uniforme de piloto en campaña. Le seguían cinco mil hombres armados, entre los que había soldados norteamericanos y agentes de la Fuerza Legal que se habían pasado a su bando.

En otro coche iban Jan, Wanda, el sargento Bradley y Jarvis.

El destino de aquellas fuerzas era, precisamente, la Escuela Superior de Investigaciones Científicas, donde sabían que se encontraba Telle Dodaire.

Antes de llegar a su destino, Garrick dio la orden de detener los vehículos y desplegó su fuerza en línea de ataque, marchando primero los hombres de la Fuerza Legal, con sus armas paralizantes.

Muchos de aquellos hombres llevaban altoparlantes portátiles. Eran los jefes de sección, que se adelantaron para comunicar a los defensores de la escuela que se entregaran y evitaran la lucha.

Garrick había sido estricto en esto.

—Antes de atacar, hemos de darles ocasión de rendirse. Los responsables serán castigados de acuerdo con la ley, pero si se oponen, serán ejecutados.

Jan Sharkot empuñaba ahora una pistola paralizante.

—Quisiera evitar la lucha —dijo Wanda—. Mi padre se encuentra en el interior de la escuela y temo que le ocurra algo.

—Es preciso impedir que Telle Dodaire haga funcionar su diabólico invento —medió el sargento Bradley—. Me han dicho los interrogados que se trata de algo tan poderoso que pondrá el mundo en manos del tirano.

»Por todos los medios hemos de impedir que lo haga funcionar. En sus declaraciones, los detenidos han dicho que la instalación no está concluida aún, pero que tienen mucha prisa en acabarla y, posiblemente, hoy mismo se terminará.

— ¿Por qué no hemos efectuado un ataque aéreo?

—Un campo magnético protege la escuela —dijo Bradley—. Yo no sé qué es eso, pero debe ser cierto.

—Sí —asintió Wanda—, la ciudad está protegida contra incursiones aéreas. Lo mismo han debido hacer en la escuela, para impedir que cualquiera, desde un vehículo volante, dispare contra el edificio. Si un aparato se acerca a la barrera magnética, se estrellará contra ella. El único modo de comprobar si existe es arrojar algo a gran altura.

—Los técnicos aseguran que esa barrera existe... ¡Silencio, ya están comunicando el ultimátum!

Efectivamente, un oficial de la Fuerza Legal se había situado frente a la entrada de la Escuela Superior, en donde los tanques blindados montaban la guardia. A lo largo de la fila de atacantes, los altoparlantes elevaron el tono de la voz del oficial.

—Atención, agentes de la Fuerza Legal de Olimpia. Somos los auténticos representantes del pueblo. Olimpia está en nuestro poder. Sabemos que aquí se esconde el traidor Telle Dodaire y queremos que nos lo entreguéis vivo.

»Vosotros sois compañeros nuestros. No queremos causaros daño. La paz

es lo único que nos anima. Telle Dodaire es un traidor y debe ser castigado de acuerdo con la Ley Universal que nos enseñaron en las escuelas.

»Estamos dispuestos a combatir por la libertad y por el derecho humano. Si os oponéis, millones de seres vendrán detrás de nosotros. Lo que ha ocurrido en el Departamento de Justicia ha sido horrible y no queremos que se repita.

»Actuad noblemente y no hagáis que se derrame la sangre. Esto es un ultimátum. Si dentro de cinco minutos no habéis franqueado el paso a las verdaderas Fuerzas Legales de la justicia, atacaremos con todos nuestros efectivos.

»Esperamos vuestra respuesta, hermanos de raza.

La respuesta la dio inmediatamente el general Joek, llegando con un vehículo a la entrada de la escuela y comunicar una orden tajante a los jefes de los carros blindados:

— ¡Volved las armas hacia la Escuela! ¡Ya no habrá más traidores! Yo os entregaré al dictador y a sus cómplices. En prueba de mi sincera disposición, os permito entrar y ocupar las instalaciones. Todas las fuerzas a mi mando os entregarán las armas sin resistencia.

»Que me acompañen algunas escuadras armadas y prenderemos a Telle Dodaire.

Jan, Bradley, Jarvis y Wanda aprovecharon el vehículo que habían traído, más ligero que los camiones, para avanzar hacia la entrada de la escuela. Las fuerzas asaltantes les dejaron paso. Así pudieron unirse a los cien hombres que Garrick envió en compañía del general Joek.

Ellos fueron los primeros en llegar al edificio principal, donde muchos técnicos, especialistas y científicos estaban atónitos ante el cambio inesperado de la situación.

El general Joek acompañó a la tropa hasta el primer piso, donde estaba el despacho de Dodaire, irrumpiendo allí, cuando el cacique estaba llamando imperiosamente por el intercomunicador:

— ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no contesta nadie a mis llamadas? ¿Regent? ¿Komlin? ¿Joek?

—Aquí estamos, Telle Dodaire —exclamó Joek irrumpiendo en la sala.

— ¿Qué...? ¿Quiénes son esos...? ¿Cómo os atrevéis?

Jan Sharkot apuntó con su pistola al dictador.

—Ya basta. Está usted arrestado. Somos las fuerzas de liberación.

— ¡No! ¡Joek, tú no puedes hacerme esto! ¡Soy yo, Telle Dodaire, tu presidente! ¿Dónde está Billmoor?

—Hermes Billmoor ha muerto hace unas horas, en la ciudad —habló Wanda Nhill—. Y su locura ha terminado. Nadie puede rebelarse contra la Ley Universal que escribieron nuestros abuelos en beneficio de toda la humanidad.

»Ha sido usted un traidor y será castigado.

Dodaire abatió la cabeza y se dejó caer en su asiento. Mirándole

compasivamente, Gret murmuró:

—Yo sabía que esto acabaría así. Era inevitable. Le cegó su estúpido descubrimiento que jamás habría funcionado. Él consiguió anular una pequeña fuente de energía y creyó, por cálculo erróneo, que podría hacer lo mismo con todo el mundo.

»Ahora no podrá saber cuán equivocado estaba.

Algunos agentes de la Fuerza Legal se acercaron a Dodaire y le sujetaron. Otros se apoderaron de Gret, sacándolos a los dos juntos. En la entrada, el dictador se detuvo, mirando primero a Bradley y luego a Jarvis, a quien preguntó:

— ¿Quién es este hombre?

—Un soldado norteamericano que la doctora Nhill ha hecho venir del siglo pasado.

Dodaire se volvió entonces a Jan.

— ¿Igual que usted, Sharkot? ¡No es posible! ¡Eso no puede ser! Komlin me dijo que emplearían a un individuo hábilmente preparado. No se puede viajar en el tiempo... ¡No puede ser!

—Pues yo soy un producto del siglo pasado —declaró Jan—. Un producto auténtico. Y estos hombres también lo son.

— ¡Komlin y sus colegas me han mentido!

* * *

Horas más tarde Komlin diría:

—Jamás creí que Smithson fuese capaz de traer a nadie de otra época. Pero autoricé el experimento porque convenía a los planes de Dodaire, quien me había prometido muy altos cargos y poderes absolutos.

A su vez, Henry Smithson declaró:

—Yo sabía que Komlin era un inepto, un necio y que, además, estaba loco. Fue debido a una lesión cerebral que sufrió hace unos años. Eso le dejó mermado de facultades, y jamás hubiese llegado a ser un científico. Se le ayudó, no obstante, para que ingresara en el comité del Departamento de Ciencias, donde solo hizo que intrigar en favor del ambicioso Dodaire.

»Pero mis trabajos eran serios. Yo podía traer a seres de otros tiempos y lo he demostrado, con ayuda de la doctora Wanda Nhill. Ella y la doctora Ana Valenta, siguiendo mis métodos, han hecho más aún, y nos han traído mil quinientos hombres.

»Pero el embrollo viene ahora, porque doscientos doce de esos hombres de otra época han muerto durante la lucha ante el Departamento de Justicia... ¡Y con eso hemos modificado sus antecedentes históricos!

Jan Sharkot estaba presente, entre otros, en la conferencia que se celebraba en la Escuela Superior de Investigaciones Científicas.

— ¿Puede alguien aclararme cómo se modifican los antecedentes históricos? —preguntó.

Wanda, sentada a su lado, junto a su padre, habló la primera:

—Indudablemente, todo lo que haga alguien en una época anterior a esta, repercutirá en el futuro. Se llama antecedente histórico aquel, acto que influye transcendentalmente en un hecho posterior.

»Por ejemplo, si tú no pudieras volver a tu época, «algo» te echaría a faltar. Todo aquello que tú debías hacer, ya no lo harás, y eso repercute invariablemente en todo lo posterior a ti.

—Perfectamente —admitió Jan—. Así lo entiendo yo. Y si los padres del astronauta Armstrong no se hubiesen conocido, no se habrían casado y su hijo no habría podido ser el primer hombre en poner el pie sobre la Luna... ¡Pero otro lo habría hecho!

—Esa consecuencia está clara. Por fútiles detalles se puede modificar el curso de la historia.

— ¡Nadie puede saber lo que va a ocurrir! —exclamó Henry Smithson.

—Exacto —declaró Wanda—. Ni siquiera tú, Jan. Cuando te devolvamos a tu época, para ti no habrá existido todo lo que acabas de saber aquí.

Jan se levantó y miró en derredor, a los rostros graves de los hombres allí reunidos en la conferencia.

—Señores, quiero hacerles un ruego... Les suplico que no me permitan volver a mi época. Recuerdo perfectamente todo lo que yo era y les puedo asegurar que no era nada, absolutamente nada. Mi existencia estaba vacía de contenido. Vivía de modo extraño, vegetando, sin interés ni ilusión. No comprendía a mi mundo, ni mi mundo me comprendía a mí.

»Supongo que deben existir millones de muchachos como yo en toda la tierra, cuyo único anhelo era divertirse, ir tirando de cualquier modo, sin alegría ni entusiasmo por nada.

»Así era yo. En cambio, ahora es diferente. He participado en la rebelión, he luchado por la causa de la justicia y hemos vencido. Veo maravillosas posibilidades para mí en esta época.

»Les suplico a ustedes que me dejen continuar viviendo aquí, envejeciendo al lado de ustedes, porque mi vida sí que tienen ahora un objetivo principal.

— ¿Qué objetivo es ese, Jan Sharkot? —preguntó el doctor Smithson.

—Estoy enamorado de Wanda y deseo casarme con ella.

Entre los hombres de ciencia allí reunidos se extendió un murmullo de asombro. Aquello era un caso insólito y enteramente anormal. Muchos movieron negativamente la cabeza, como si temieran que la ausencia de Jan en su época pudiera repercutir sobre cualquiera de ellos, indirectamente.

— ¡Oh, Jan; te agradezco mucho lo que has dicho! —exclamó Wanda, a su vez— ¡Me llena de felicidad oírtelo decir! ¡Yo también te quiero! Pero... me temo que no será posible.

—Los soldados americanos muertos en defensa de la justicia bien merecen un trato de héroes de la Nueva Era —dijo Jan.

Los científicos se agitaron inquietos en sus asientos.

—Esos hombres pueden volver a su época. Que mueran aquí o allá, es lo mismo. Posiblemente, en alguno de sus campos dimensionales de existencia,

esos hombres debían haber muerto ya.

Todos miraron a Smithson con interés.

—Sí —continuó diciendo este—. Hay doscientos doce hombres muertos por nuestra causa. Eso no impide que sus cadáveres sean devueltos al lugar donde se encontraban. Allí serán héroes de su patria, caídos en campaña.

Jan pareció quedar anonadado al escuchar aquello.

EPÍLOGO

Un leve e intencionado descuido de Ana Valenta permitió que el grupo de hombres, entre los que estaba el cabo Brown, se encontrasen, de súbito sin saber cómo fuera, de la zanja en donde el obús estalló segundos después de haberse esfumado ellos.

Ahora, Brown y sus hombres, estaban junto a un ribazo. Los morteros caían y estallaban por doquier, furiosamente.

— ¿Qué hacéis aquí, gandules? —gritó la voz del sargento Bradley, desde los matorrales próximos—. ¡Venid aquí, pronto!

Brown y sus hombres se levantaron y echaron a correr hacia su superior. Poco después se perdían en el interior de la «jungla» alejándose del escenario del terrible bombardeo norvietnamita.

Ignoraban que hubiesen salido de aquel lugar. El tiempo no parecía haberse detenido para ellos. Ni siquiera tenían conciencia de haber estado cien años más allá de su tiempo.

A los pocos minutos, llegaron a un claro, donde un coronel de aviación, llamado Garrick, estaba dando órdenes a un grupo de «marines». Un avión ardía en las inmediaciones. Garrick se había lanzado en paracaídas y pretendía que los «marines» diesen sepultura, allí mismo, a numerosos cadáveres que los norvietnamitas habían hecho a una compañía norteamericana.

—Esto es cosa de los chicos de la sanidad, señor —protestaba un robusto soldado que empuñaba una metralleta de fabricación soviética, y que mostraba el busto desnudo, colgándole el barboquejo del casco a un lado de la cara—. Deben de andar por aquí cerca.

— ¡Les ordeno a ustedes que entierren a esos infelices!

—Váyase usted a paseo, coronel —contestó el soldado Hill, secamente—. Al caer del cielo ha debido de perder usted un tornillo. Yo no soy sepulturero. Esos infelices han de ser embalados y expedidos a sus familiares... ¡Eso es lo que harán con todos nosotros cuando caigamos en esta contienda!

El coronel Garrick se quedó allí, dando voces, hasta que un oficial de sanidad se ocupó de él, llevándoselo hacia el puesto sanitario más cercano. Allí un oficial médico diagnosticó:

—Pérdida transitoria de memoria con trastornos neurálgicos. Debe ser evacuado.

Otros hombres, que también habían estado en Olimpia, en el año 2.069 también se encontraron en el mismo sitio donde habían estado un segundo antes. Ninguno recordaba absolutamente nada.

Y, sin embargo, algunos habían muerto en otro tiempo... ¡Y continuaban muertos allí!

Precisamente, el oficial médico que había diagnosticado la amnesia del coronel Garrick, al reconocer a un soldado muerto, exclamó:

— ¡Es increíble lo que han hecho los «viets» con él! ¡Parece haber sido pisoteado por un regimiento!

La creencia de que los norvietnamitas bailaban horrendas zarabandas sobre los cuerpos de los americanos muertos, se extendió entre la tropa. Y muchos prisioneros habrían de ser también pisoteados, en acto de represalia, en los días sucesivos.

Sin embargo, en la otra época que acababan de abandonar, el doctor Smithson y Ana Valenta habían ayudado considerablemente a los soldados que les habían ayudado a ellos.

La amnesia de Garrick fue una ayuda que le dieron, para salir del escenario de la lucha y regresar a su patria, donde pronto se le curó la enfermedad.

Otros, cuyo destino era morir segundos después, como el cabo Brown y sus hombres, se encontraron, sin saber cómo, en lugar distinto al que habían estado.

Hubo hombres, recogidos en el interior de un cerco enemigo, de donde no

tenían escapatoria, que se encontraron, de pronto, caminando tranquilamente por la selva, lejos del peligro. Como no fueron capaces de explicarse lo que había ocurrido, y mucho menos podían imaginarlo, siguieron andando como si ello fuese lo más natural del mundo.

Luego, alguien habría de decir:

—Esos «viets» no saben hacer un cerco completo. Siempre se dejan un lugar por el que poder escapar.

Todos, absolutamente todos, regresaron a su tiempo.

* * *

— Lo siento, Jan. No puede ser —musitó Wanda, abrazada a él en el jardín del Laboratorio de Trasplantación Fisicológica, donde se encontraban, en la sombra—. Debes regresar. Eso no te costará nada... Todos los soldados han vuelto ya.

»Ana me ha dicho que te devolverá a tu hotel y te apartará del peligro del puente. Eso te producirá la sensación de haber caminado sin saber por dónde. Podemos dejarte dormido en la habitación del hotel, si lo deseas.

Él la estrechó con fuerza y musitó:

—Yo quiero quedarme aquí, contigo. Huyamos, Wanda. Tenemos muchos amigos entre la Fuerza Legal. Nadie nos buscará. Incluso el oficial Clerg me ha dicho que si queremos irnos a otra ciudad, nos facilitará los medios.

—No puede ser, Jan... ¡No insistas, por el amor de Dios! ¡Me haces sufrir mucho!

Él la retuvo unos instantes más, sobre su corazón. Luego la soltó lentamente y se apartó unos pasos, volviéndose de espaldas y levantando la mirada al cielo.

—No me quieres, Wanda... Ese es mi destino... Nadie siente piedad de mí, nadie me ama... Primero mi madre... Me abandonó a mi suerte, porque un absurdo amor la llevó hasta otro hombre... Elky me hizo lo mismo. Tú tampoco, Wanda.

— ¡Yo sí te quiero, Jan! ¡Jamás te olvidaré! ¡Pero cien años nos separan! Has ido una experiencia científica.

—Sí —asintió Jan, tristemente—, una desgraciada experiencia científica, desgraciada y desafortunada, como ha dicho tu padre. Le entiendo perfectamente. Él no quiere que su hija se case con un hombre que puede ser tu abuelo. ¡Qué absurdo!

»Tú misma dijiste que debía permanecer aquí un año. ¿Por qué no puedo estar aunque solo sea un mes? Yo solo quiero estar contigo, Wanda. ¡Déjame una semana más!

—Llevas aquí seis días. Jan. Los soldados ya han vuelto todos.

— ¿Y si destruyo la máquina de trasplantación? —preguntó él, volviéndose.

—No lo hagas, Jan. Por favor, sé razonable. Te llevas todo el amor de mi corazón, te lo aseguro. Te quiero más que a mi propia vida. Pero lo que es

imposible, es imposible. Debes regresar a tu época. Tu vida está allí. Estoy segura de que superarás tu crisis y encontrarás otra muchacha de tu época, que te quiera, con la que unirás tu existencia y serás todo lo feliz que mereces.

—Suena de modo extraño en tus labios, Wanda. El amor es algo mucho más grande que todas las máquinas de trasplantación. Sé que, después de ti, no querré a nadie.

— ¡Pobre Jan! Te estudiamos a fondo antes de traerte, pero nos hemos equivocado contigo. Lo siento. Prolongar esta despedida es inútil. No conseguiremos más que torturarnos.

»Es mejor que entremos y terminemos de una vez.

—Sí —asintió él, tristemente—. Tienes razón. Terminemos cuanto antes... ¡Debemos respetar los antecedentes históricos!

Se dirigieron hacia la entrada que comunicaba con el laboratorio, en donde estaban el doctor Smithson y Ana Valenta, tomando una taza de café.

—Eh, Jan, ¿te apetece una taza? —preguntó Ana, sonriendo.

—No, gracias. Prefiero volver a Roma cuanto antes.

Smithson miró primero a Jan y luego a Wanda, comprendiendo el significado exacto de sus expresiones.

—Lo siento, Jan —musitó el científico—. Te estamos inmensamente reconocidos. Esta época de la humanidad recordará siempre a Jan Sharkot como a un auténtico benefactor. Hemos estado hablando con Ana acerca de modificar el lugar de regreso. ¿No te gustaría despertarte mañana en la cama de tu hotel, creyendo haber tenido un sueño?

—Haga usted lo que quiera. Voy a entrar en la cámara.

Diciendo esto, Jan se dirigió hacia la cámara, como si quisiera irse sin despedirse. Ana Valenta se le acercó y le retuvo.

—Por favor, Jan. ¿No me das un beso de despedida?

La besó ligeramente en la mejilla. Smithson le estrechó fuertemente la mano y le abrazó.

—Ánimo, Jan. Confía en la Providencia.

Wanda estaba a unos pasos, mirándole tristemente.

Jan la miró también y luego dio media vuelta, yendo hacia la puerta que comunicaba con la cámara, tras la que desapareció.

En la pantalla de trasplantación, Wanda le vio entrar en la cámara transparente y vio descender del techo el protector de vacío. Entornó los ojos y pareció rezar.

— ¿Has corregido, Ana? —preguntó Smithson.

—Sí, doctor. Tengo la habitación de su hotel. Allí se encontrará vestido con sus ropas... ¡Suerte, Jan!

Wanda vio como la patética figura de Jan se esfumaba de la pantalla, volatilizándose en el acto. Entonces, el doctor Smithson se volvió a ella y le dijo:

— ¿Quieres irte con él, Wanda?

—Sí, lo quiero.

—Pues ya conoces las instrucciones. Obedécelas al pie de la letra. Es el único medio de encontrarle. Llevarás las instrucciones escritas. No recordarás nada más que el nombre de él y el lugar donde se encuentra. Perderás la memoria de todo, pero en poco tiempo podrás adaptarte al nuevo ambiente.

»¿Y si cuando estés allí no te gusta Jan?

—Me gustará —asintió ella, intentando sonreír, para darse ánimos.

—Eres muy valiente, Wanda. Te admiro por lo que haces. Renunciar a todo, incluso a tu carrera, por el hombre amado es lo más grande que he visto.

—Jan acaba de decirme que el amor es algo mucho más grande que todas las máquinas de trasplantación.

—Supongo que debe de tener razón, Wanda. De todas formas, ya está decidido. Toma este papel... Ana, tráele la ropa.

Smithson dio a Wanda un trozo de papel, arrancado del bloc de un soldado americano, donde alguien había escrito: Jan Sharkot, Sevress hotel, Roma.

Ana fue a un armario y sacó un envoltorio, que desenvolvió. Sacó un vestido extraño para Wanda.

—Es un modelo de hace cien años... Falda muy corta, blusa y chaqueta. Está copiado de un modelo corriente en aquella fecha. Los zapatos también son de entonces... Aquí está el bolso de mano. Es de piel. Se ha sacado del Museo de Historia. Documentación a nombre de Wanda Nhill, de nacionalidad sueca, todo perfectamente reproducido. Tu pasaporte, tu fotografía y tus señas, que son falsas. Eso te creará problemas, posiblemente, pero confiamos en que entre tú y él podáis arreglarlo... ¡Ah, y doscientos mil dólares norteamericanos, auténticos!

— ¿De dónde habéis sacado este dinero?

— ¡Ah, el oficial Clerg me los dio para ti! Te harán falta, y no digamos a Jan. Os ayudarán mucho, te lo aseguro. Doscientos mil dólares es una suma importante, me ha dicho Clerg. Tus joyas son auténticas y valiosas, y el diamante del anillo vale más del doble que el dinero.

—Espero que me sirva de algo todo esto, Ana.

—Vamos. Cámbiate de ropa y no pierdas el tiempo. Vas a estar en Roma muy pronto. Habrá amanecido y darás un bonito paseo hasta el hotel.

Wanda se metió en un cuartito, de donde salió a los pocos minutos completamente transformada en una chica moderna de cien años atrás. Casi avergonzada, estrechó la mano a Smithson y abrazó a Ana, para luego dirigirse a la cámara en la que desapareció Jan.

Se situó, resueltamente, en la cámara y cerró los ojos. Al poco, sintió una leve sensación de aturdimiento. Luego, se hizo el vacío en su mente.

* * *

El timbre del teléfono despertó a Jan. Dormido aún, alargó la mano y descolgó el auricular, preguntando con voz soñolienta.

—Sí... Dígame.

La voz, un tanto áspera y desabrida del recepcionista, llegó hasta él:

—Una señorita sueca pregunta por usted.

— ¿Una señorita? ¿Ha dado su nombre? —el corazón de Jan empezó a latir con fuerza. ¡Elky!, pensó»

—Dice llamarse Wanda Nhill.

Jan arrugó él ceño.

— ¿Wanda Nhill? No conozco a nadie llamada así.

— ¿Le digo que no quiere usted verla?

—No, no... Puede traerme algún recado. Hágala subir.

—Lo siento. No pueden subir extraños a las habitaciones. Le diré que espere en el vestíbulo.

—Bien. Bajaré enseguida.

Jan colgó el auricular y se quedó pensativo. Por vez primera tuvo el vago presentimiento de que algo extraño le había ocurrido. Recordó haber estado en un puente de la ciudad, dispuesto a lanzarse a las aguas del río. Y, sin embargo, ahora se encontraba tendido sobre su lecho, en el hotel, y vestido, cosa que él no hacía nunca.

Se levantó, fue al lavabo y se miró el rostro. Estaba despeinado. Se frotó la cara con una toalla húmeda y se peinó un poco el cabello.

«¿Cuándo me he cortado yo el pelo?», se preguntó, recibiendo un sobresalto.

Se retiró del espejo y se registró los bolsillos. Estaban completamente vacíos. Pensó en la muerte de su madre y exclamó:

— ¡Albert ha dicho que vaya, pero no me ha enviado ni una miserable corona! ¿Cómo vuelvo a Estocolmo? ¿Cómo?

Fue hacia la puerta y la abrió, saliendo al pasillo. Estaba furioso y enojado. En el ascensor hubo de esperar un rato y se irritó aún más. Al fin, pudo descender al vestíbulo. Nada más verle, el recepcionista señaló la puerta del salón de espera.

—Allí, señor Sharkot —dijo el empleado, en defectuoso sueco, señalándole la puerta.

Jan se acercó y miró hacia dentro del salón. Wanda estaba allí, sonriendo. Nada más verla, Jan tuvo la inefable sensación de haber visto antes a Wanda en alguna parte.

— ¿Pregunta usted por mí? Soy Jan Sharkot.

—Hola, Jan —habló ella, en sueco.

— ¿Me conoce?

—No lo sé. Pero tenía que venir a verle.

—Vaya... —Jan sonrió—. Me alegro de conocerla. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Wanda Nhill... Creo que le necesito, Jan. Estoy en un apuro.

—Lo siento, pequeña. Peor estoy yo. En otra ocasión, si tuviese dinero, ayudaría a una compatriota.

—No se trata de dinero. Yo tengo bastante. Es otra cosa. Estoy aquí y no sé cómo he llegado.

— ¿En coche, avión, ferrocarril? —preguntó Jan, medio en broma.

Se fijó entonces en el anillo que lucía ella en su mano y abrió la boca.

—Oiga, esa piedra... ¿Es buena?

—No lo sé —dijo Wanda, con un gracioso mohín—. Lo único que sé es que debía venir y preguntar por ti.

— ¿Para qué, chiquilla?

—Es lo que trato de averiguar.

— ¿Estás bien de la cabeza?

—Creo que sí.

—Bueno, ¿qué broma es esta? ¡No te conozco! Si no sabes qué quieres, ¿para qué vienes a verme? ¿Y quién te ha dado mi nombre?

—Tampoco lo sé... Pero podemos hacer una cosa. Vamos a alguna parte, desayunamos, hablamos, nos conocemos y luego... luego decidimos.

—Te he dicho que no tengo dinero ni para invitarte a un bizcocho.

—Yo tengo dinero. Toma. Creo que son dólares —Wanda abrió el bolso de mano y sacó un fajo de billetes que hicieron abrir desmesuradamente los ojos de Jan.

— ¿Todo eso es tuyo?

—Sí. Lo he encontrado en mi bolso, junto con el papel que lleva tu nombre.

— ¡A ti te envía la Providencia, nena! Vamos a alguna parte. Hablaremos. ¿En qué puedo servirte?

—De momento, en todo. No sé nada de nada. Ni qué hago aquí, ni cómo he venido, ni dónde estaba antes... ¿Sabes lo que es nada?

—No. Pero sé que eres preciosa, Wanda. Yo te ayudaré. Seré tu cicerone, tu ángel guardián y tu «picolino»... ¡A quien se acerque a ti, le parto la cara!

Jan se guardó el dinero en el bolsillo del pantalón, tomó a Wanda del brazo y juntos salieron del hotel.

En aquel instante, empezaba una nueva vida para ambos. No era el interés del dinero lo que atrajo a Jan. Ello fue solo un pretexto. Pero en otra época, buenos amigos de ambos habían pensado en todo.

—Para empezar, vamos a vivir en Roma unos días. Luego, viajaremos hasta que se nos acabe el dinero. Luego, ya encontraré el modo de ganar para los dos. Tú y yo no nos separaremos nunca más.

—Eres muy agradable, Jan —replicó la muchacha.

— ¡Mucho más tú, Wanda!

FIN

Otros títulos de este autor recientemente publicados:

LOS GOLPEADORES

Sioux 53

GUERRA APACHE

Seis Tiros 410

VALLE BRONCO

Arizona 424